

Arístides Rojas

ORÍGENES VENEZOLANOS
(HISTORIA, TRADICIONES,
CRÓNICAS Y LEYENDAS)



Arístides Rojas

**ORÍGENES VENEZOLANOS
(HISTORIA, TRADICIONES,
CRÓNICAS Y LEYENDAS)**

244

SELECCIÓN, PRÓLOGO Y CRONOLOGÍA
Gregory Zambrano

BIBLIOGRAFÍA
Gregory Zambrano y Yely Soler

República Bolivariana de Venezuela

Fundación



Biblioteca Ayacucho

PRÓLOGO
ARÍSTIDES ROJAS Y LA MEMORIA COLECTIVA
VENEZOLANA

UN PAÍS QUE SE REHACÍA

LA CURIOSIDAD y un infatigable afán por explicar los hechos de la historia venezolana, llevaron a Arístides Rojas (1826-1894) a ser un atento observador de su pasado y su presente, intérprete y custodio de la memoria colectiva. Su pasión por conocer, clasificar, explicar e interpretar la historia, lo llevó a convertirse en un pionero de la disciplina historiográfica. Gracias a su acuciosidad se salvaron, no solamente invalorable testimonios sino los documentos y más aún los vestigios de un patrimonio colectivo que se conservó gracias a su esfuerzo.

Sus primeros artículos de prensa estuvieron signados por el interés que en él despertaron los misterios de la naturaleza. Los mismos expresan el placer que experimenta frente al lenguaje y sus posibilidades explicativas, lo cual se traduce en una conciencia creativa que se mueve en el umbral de la revelación y la reserva intuitiva. Rojas fue un atento y lúcido difusor de la ciencia moderna de su época. Por ello reunió sus primeros artículos periodísticos bajo el binomio de “Ciencia y Poesía”, entre los cuales se destacan: “El rayo de luz en la naturaleza y en la historia”, “La gota de agua”, “Las arpas eolias”, “El esqui de perlas”, “El grano de arena”, entre otros, que conformaron su primer volumen orgánico publicado y que lleva por título *Ciencia y poesía* (1868). Este volumen fue refundido luego en *Un libro en prosa* (1876), libro estructurado por Rojas ya en su madurez. Es un compendio de búsquedas expresivas que trasciende la *varia lección* de su contenido. En el prólogo

que José Antonio Calcaño firma desde Liverpool, hace una importante acotación sobre el estilo:

Los lectores patrios, como los extranjeros, verán respectivamente con el interés del que recuerda y el que aprende, consignados aquí en gran copia, noticias, tradiciones y conocimientos relativamente (*sic*) a la historia antigua y la moderna de Venezuela, a sus pobladores, a la fundación de sus ciudades, a las producciones de su suelo y la exuberancia de ellas en todos los reinos; y a sus costumbres, las que han desaparecido y las que subsisten; en la narración de todo lo cual aún será muchas veces una gran novedad para los ultramarinos el lenguaje mismo, que, ora por los giros y construcciones, ora por lo extraño de las locuciones y frases, ya por lo provincial de las voces, deja ver que el autor ha querido expresamente narrar en *venezolano* lo que a *venezolanos* tan sólo se refiere.¹

También son de este período –y los incluye en el mencionado volumen– algunos de los textos que, haciendo homenaje al barón Alejandro de Humboldt, conforman los textos que Eduardo Röhl compiló bajo el título genérico de *Humboldtianas*, editado en 1924². Rojas se propone “hacer amar a Humboldt, incorporarlo en la débil memoria nacional de los venezolanos”³. En esa devoción que manifestó Rojas por la obra de Humboldt está expresada su propia perspectiva científica e intelectual, la cual reside en el hecho de que ambos procuraron en su obra hacer la interpretación estética de la naturaleza⁴.

Con estos primeros trabajos, Rojas emprendió la tarea de cuidar de la historia nacional. Nada que tuviera relación con lo incógnito fue ajeno a su curiosidad intelectual, y la indagación era una forma de relacionarse con su presente, pero también con los retos del futuro. Muchos de estos

1. José Antonio Calcaño, “Introducción”, *Un libro en prosa*, Arístides Rojas, Caracas, Rojas Hermanos Editores, 1876, pp. III-IV.

2. Los textos de Rojas sobre Humboldt se publicaron en *La Opinión Nacional* entre 1879 y 1880. El primero de la serie lleva por título “La casa de Humboldt en Caracas”.

3. Mariano Picón Salas, *Formación y proceso de la literatura venezolana*, Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1940, p. 133.

4. Véase al respecto el artículo de Eduardo Arcila Farías, “La naturaleza en Arístides Rojas”, *Revista Nacional de Cultura* (Caracas) N^{os} 11-12 (1939), pp. 163-173.

escritos de su primera etapa como investigador de la geografía, la historia y las ciencias naturales, pasaron a formar sus monografías y estudios, los cuales, también en parte fueron publicados de manera independiente, conformando folletos difíciles de encontrar hoy en día.

Una brevísima nota biográfica, escrita por José E. Machado y reproducida en medios diversos, nos da la señal inicial de su procedencia:

Arístides Rojas, hijo de don José María de Rojas y de doña Dolores Espaillet, nació en Caracas el 5 de noviembre de 1826; adquirió la primera enseñanza en el célebre Colegio de la Independencia, que dirigía don Feliciano Montenegro y Colón; estudió medicina en nuestra Universidad Central, donde obtuvo el grado de doctor el 31 de octubre de 1852. Durante tres años ejerció su profesión en el interior de la República, y sobre todo en Escuque y Betijoque, poblaciones del estado Trujillo. La muerte de su padre, en 1855, le hizo volver a Caracas. A poco siguió a Europa, donde estuvo algún tiempo; luego pasó a Puerto Rico. De esta isla regresó a la ciudad natal en 1864 y abandonó por completo a Hipócrates y Galeno. En 1873 se unió en matrimonio con la señorita Emilia Ugarte, fallecida un año después. Desde entonces –dice Bolet Peraza– Arístides prometió, como otro Duque de Gandía, no querer nunca más a quien pudiera morir, y amó sólo sus libros ¡los amigos inmortales!⁵

Arístides Rojas había nacido en el seno de una familia dominicana, de Santiago de los Caballeros, vecindada en Caracas. La capital política de Venezuela era entonces una ciudad de unos treinta mil habitantes cuando el país daba los primeros pasos en la vida republicana. Sin embargo, prevalecía la anarquía y los caudillos locales tenían el control de la mayor parte del territorio sin que hubiera límites institucionales que vigilaran su poder⁶. El mismo año 1826 se inicia la Cosiata, movimiento propugnado por José Antonio Páez, que era de carácter antibolivaria-

5. José E. Machado, “Preámbulo”, Arístides Rojas, *Estudios históricos*, Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, 1926 (Serie primera), pp. VIII-IX.

6. Luis Barrón, “La tradición republicana y el nacimiento del liberalismo en Hispanoamérica después de la independencia: Bolívar, Lucas Alamán y el ‘Poder Conservador’”, José Antonio Aguilar y Rafael Rojas; comp., *El republicanismo en Hispanoamérica*, México, Fondo de Cultura Económica-CIDE, 2002, p. 275.

no y separatista, el cual culminó con la disolución de la Gran Colombia en 1830.

Aquella ciudad, fundada en 1567, exploraba nuevos derroteros en medio de un clima político convulso, cuyos caudillos andaban construyendo su lugar en la historia. Los veteranos de la guerra que recién terminaba deambulaban contando sus hazañas. La infancia y adolescencia de Arístides Rojas se cubrieron de ese sabor único que da la experiencia de lo nuevo, y lo nuevo era el camino que ensayaba Venezuela, desapegada ya de las autoridades de la Colonia cuya impronta tenía un peso de más de trescientos años.

Aquel período de aprendizaje lo fue también para la conformación de la vida republicana. El panorama no era halagador pues el caudillismo avizoraba mayor presión y sumisión frente a las masas populares, no había un plan económico ni cultural, menos aún educativo y social; se imponía la dominación y los privilegios, mientras que las labores productivas, como la ganadería o la agricultura, sucumbían ante las constantes revueltas. Sin embargo, son los mismos años en que se fragua un ideario nacional, representado en el magisterio y la palabra de intelectuales como Valentín Espinal (1803-1886), Fermín Toro (1806-1865), Juan Vicente González (1810-1866), o Cecilio Acosta (1818-1881). Era una “época difícil para el desarrollo de una cultura nacional que permitiera incorporar al hombre venezolano al gran proceso de reconstrucción patriótica y utilizara los recursos vitales de la tierra. En esas condiciones la ilustración de los individuos era casi siempre patrimonio de los afortunados a quienes los bienes de riqueza les permitían estudiar y viajar”⁷.

MAESTRO DE SÍ Y DE SU GENERACIÓN

Rojas tuvo desde siempre predilección por comunicar sus hallazgos, compartía sus preguntas y daba prolijamente a sus más cercanos condiscípulos el reto de la enseñanza. Ya lo decía muy claramente en un texto de 1891:

7. Juan Saturno Canelón, *Arístides Rojas, mensajero de la tolerancia*, Caracas, Litografía del Comercio, 1944, p. 37.

“La enseñanza es una de las conquistas del progreso. ¿Por qué no aspirar a ella? Contribuyamos por una vez más, con nuevos granos de arena y con buena voluntad, al monumento que levante a la historia patria la juventud del porvenir”⁸.

Es una manera de expresar la conciencia de su presente y es también un guiño al futuro. Lo paradójico es que el legado de Rojas pareciera circunscribirse al entorno de su tiempo. Luego de su muerte, ocurrida en 1894, su herencia intelectual pareció oscurecerse con su ausencia. En parte, su presencia tenía que ver con la utilidad de su trabajo en la respetuosa valoración de sus contemporáneos; luego el silencio de la muerte cayó también sobre sus papeles.

Quizás se perdió de vista un proyecto de publicación conjuntiva y sistemática, que propusiera una sintaxis para leer su obra toda en la variedad de temas y formas de expresión. Sin embargo, hay que subrayar el hecho de que aún muy parcialmente, su obra sigue siendo una referencia obligada a la hora de fijar las pautas fundacionales de la cultura, la historia y la ciencia en Venezuela.

Rojas, con humildad no reclama para sí la primacía de todo cuanto pueda significar la recuperación de una memoria histórica, que de no ser por su esfuerzo se hubiese perdido definitivamente; lo que llama leyenda y que más precisamente quiso llamar “literatura de la historia de Venezuela”, conforma lo más extenso de su producción y sistemáticamente, el tema de sus mayores recurrencias. Consciente del valor de lo histórico como formador de la herencia de los pueblos, exige para la Historia su condición de ciencia de la verdad:

Es necesario despojar a nuestra historia de los mitos con que hasta hoy la han hermosado los pasados cronistas, restablecer la verdad de los sucesos, y fijar el verdadero punto de partida de los futuros historiadores de Venezuela. Reconstruyamos la historia: no, que esto sería excesiva presunción de nuestra parte: tratemos de despejar las incógnitas marcando rumbo seguro a los que nos sucedan. En materias históricas, más que en ninguna otra, todo aquello

8. Arístides Rojas, “Introducción”, *Leyendas históricas de Venezuela*, Caracas, Imprenta de la Patria, 1890 (Primera serie), pp. III-IV.

que no esté apoyado en documentos auténticos y narraciones fieles, debe despreciarse como una cantidad negativa, y toda aseveración que no haya sido inspirada por la verdad, basada en el estudio y la crítica, es de ningún valor.⁹

Su perspectiva histórica mucho se había nutrido de la escuela positivista. Su asimilación de los elementos científicos y más aún la filigrana de sus postulados aparece frecuentemente interpolada con sus reflexiones sobre las orientaciones que debían sustentar a la disciplina histórica.

Los años de su formación intelectual coinciden con los de la construcción de la nación venezolana. La continuidad de las guerras, desde la de Independencia (1810-1830) hasta la Federal (1859-1863), y las constantes escaramuzas que propendían al control del poder, dieron durante la mayor parte del siglo XIX una gran inestabilidad política. El caudillismo, con sus diversos tintes y objetivos, fue dando un perfil a la nación que se vería un poco más delineada hacia el último tercio del siglo XIX. Gobiernos como los sucesivos de Antonio Guzmán Blanco (1829-1899), fueron aportando algunas de las bases de la modernización de las ciudades, sobre todo de la capital y una incipiente transformación urbana que coincide con la institucionalización de la cultura¹⁰. Caracas, la ciudad capital se rehace; se construyen nuevas redes simbólicas que son captadas por el discurso periodístico y literario de manera inmediata. También la ciudad se consolida en el recuento histórico, que toma distancia y promueve el contraste entre los hechos y sus escenarios dentro de un clima que se muestra a todas luces como “modernizador”¹¹.

9. *Ibid.*, p. VI.

10. Sobre las transformaciones que lleva a cabo el gobierno de Guzmán Blanco, en lo urbanístico y en lo cultural, véase Paulette Silva Beauregard, *Una vasta comarca de enmascarados. Poesía, cultura y modernización en Venezuela a finales del siglo XIX*, Caracas, La Casa de Bello, 1993. También ofrece importantes datos sobre el particular la investigación de Roldán Esteva Grillet, *Guzmán Blanco y el arte venezolano*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1986.

11. En ese sentido, señala Julio Ramos, la ciudad “no es simplemente el trasfondo, el escenario en que vendría a representarse la fragmentación del discurso distintiva de la modernidad. Habría que pensar el espacio de la ciudad, más bien, como el campo de la significación misma, que en su propia disposición formal —con sus redes y desarticulaciones— está atravesado por la fragmentación de los códigos y de los sistemas tradicionales de representación

Como un testigo excepcional de las propuestas “modernizadoras” que fueron implantadas en Venezuela, Rojas vivió de cerca la creación de las Academias. La de Ciencias Sociales y Bellas Letras, que había sido fundada en 1869, dio paso a la de la Lengua en 1883. Luego sería la de la Historia (1888), la conversión de la Universidad de Caracas a Universidad Central de Venezuela, la creación de la Biblioteca Nacional, y cuando parecía que el poder político era omnímodo, él logró sellar su compromiso no con las coyunturas políticas que parecían desdibujarse casi siempre, sino con el saber, con la investigación, sus documentos y “cacharros”. Así, en los breves remansos de la pacificación, se hizo propicio el cultivo de las artes y las letras. Su fe cristiana, su liberalismo, el romanticismo que se dilataba en su ocaso, y al mismo tiempo una probada confianza en la ciencia y el progreso, fueron los ingredientes de tan avasalladora personalidad sin cuyo concurso Venezuela no tendría la fisonomía histórica que hoy podemos leer como herencia.

Su perspectiva de historiador lo pone en el camino de comprender los procesos de la manera más exhaustiva posible. La mayor parte de sus monografías son pioneras en ese sentido de organizar por primera vez la información, ofrecer la documentación que sustenta la explicación histórica, lo cual le otorga en el sentido historiográfico su impronta fundacional. De una manera novedosa establece un modelo de propuesta bibliográfica que combina, en un mismo volumen, el conjunto de recreaciones históricas, cargadas de sus elementos creativos, plenas de su propio estilo literario y las hace acompañar con los documentos que le sirvieron de base. Los *Orígenes venezolanos* están asentados sobre esas investigaciones y sobre el acervo documental que le sirvió de hipotexto. En ellas se encuentra el germen de las que habrían de sucederse, tratando de dar explicación científica a los hechos del pasado y sobre todo, aportando sustentación documental para comprender e interpretar su presente. La Venezuela que ausculta, se ha reconstruido ante sus ojos a partir de los vestigios de una espacialidad y una temporalidad que corresponden a una sociedad ya desaparecida.

en la sociedad moderna”, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 118.

Muchos de los elementos que sustentan su curiosidad histórica y documental eran parte de una atmósfera de época que cundía en algunos lugares del continente, forjando tradiciones muy fuertes e influyentes como, por ejemplo, la de Ricardo Palma en el Perú. Aunque con otros propósitos, explícitamente irónicos, pintorescos y humorísticos que subyacen en el relato de las tradiciones: “Palma dictaminó que la tradición era un género ancilar de la historia, un sucedáneo para ilustrar a un pueblo poco letrado sobre su propio pasado; una graciosa hermana menor que le agregaba a la otra la dimensión de la fantasía, la superstición y la voluntad mitificadora y legendaria del espíritu popular”¹². Y con ese criterio se modeló todo un género que tenía como estrategia discursiva incorporar elementos de la historia, la remota y la próxima a la literatura.

VENEZUELA: LA ESCRITURA DE SU HISTORIA

En la revisión de las fuentes primeras sobre la historia de Venezuela, Rojas advierte muy claramente que a José de Oviedo y Baños la historiografía nacional le ha levantado un nicho. Y opta por reconocer que éste “mucho copió del verdadero” cronista, que es fray Pedro Simón. Por ello señala que hay muy poca materia original en Oviedo: “Oviedo y Baños no es el historiador primitivo de Venezuela sino un compilador del verdadero, que es fray Pedro Simón. Oviedo y Baños para la elaboración de su historia no tuvo necesidad de apelar a los archivos, en los cuales nada podía hallar respecto a la conquista de Venezuela, sino a la lectura y estudio de su predecesor, tan rico en pormenores, tan minucioso en la narración de los incidentes”¹³.

No sólo estos antecedentes llaman la atención de Rojas, también las aportaciones que alemanes, ingleses, franceses, italianos y holandeses hicieron a nuestra historiografía a través de testimonios, relatos de viajes, crónicas y otros documentos escritos en aquellas lenguas; muchos de ellos

12. José Miguel Oviedo, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Alianza Editorial, 2001, v. 2, p. 123.

13. Arístides Rojas, “Introducción”, *Leyendas históricas*, p. IX.

no traducidos en su momento y donde se dan detalles de todo cuanto significó la conquista, colonización, poblamiento y por supuesto, los detalles bélicos que dieron continuidad a la saga de los filibusteros de finales del siglo XVII y comienzos del XVIII¹⁴. Para conformar sus escritos Rojas echa mano de todas las fuentes que tiene a disposición, por ello la riqueza de vertientes informativas descansa en buena medida en testimonios de la oralidad y en documentos inéditos, en las crónicas coloniales, los relatos de viajeros y archivos eclesiásticos, entre otras fuentes.

Por supuesto que toda esta gran amalgama de versiones, aportes y relaciones, tiene un punto de partida que Rojas reconoce en los primeros cronistas, a quienes llama “cronistas de Indias, de nombramiento regio”, entre quienes nombra a Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cronista mayor de Carlos V y Antonio de Herrera, cronista de Felipe II, al igual que Bartolomé de las Casas, y la muy particular obra de Juan de Castellanos, *Elegía de varones ilustres de Indias* (1589), la cual, no obstante la belleza y colorido en que abundan las descripciones, “adolece de errores capitales, ya en la narración de los sucesos, ya en las fechas cronológicas. Debe por lo tanto consultarse con cuidado”¹⁵.

Con atención anota Rojas los aportes de la historia escrita por Rafael María Baralt; reconoce en el modo como el zuliano incorporó muchos de los documentos disponibles en su época, pero sin embargo, repara en que dejó de lado otros de suma importancia, entre ellos, los escritos de fray Pedro Simón. Para Rojas, Baralt “tuvo más abundancia de compiladores que de historiadores”, no obstante, reconoce los aciertos de su obra y su legado:

De manera que sin haber conocido Baralt a Oviedo y Valdés, Las Casas, Castellanos, Benzoni, fray Simón, Caulín, etc., etc. ni los cronistas ingleses,

14. No es casual que ante esta labor de revisión, acopio y rectificaciones, Enrique Bernardo Núñez sitúe tres momentos en lo que corresponde a la historia de Caracas: “Por sobre todo Rojas ha sido el historiador y el cronista de Caracas. Son tres historiadores en tres épocas distintas de su historia: el primero viste hábito franciscano, el otro se envuelve en capa española y el último usa chaquet y sombrero melón. Entre fray Simón y Oviedo y Baños corre un siglo. Entre Oviedo y Rojas siglo y medio”, Enrique Bernardo Núñez, *Aristides Rojas, anticuario del Nuevo Mundo*, Caracas, Ediciones de El Universal, 1944, p. 22.

15. Aristides Rojas, “Introducción”, *Leyendas históricas*, p. XVI.

holandeses y franceses de la época de los filibusteros, obras muchas de ellas de muy fácil adquisición en estos días, el trabajo de Baralt, acerca de la historia antigua de Venezuela, a pesar de sus lagunas, puede reputarse como brillante síntesis, tanto por la belleza y claridad del estilo cuanto por lo selecto de cada resumen histórico.¹⁶

Para Rojas lo más importante es reconstituir lo que él denomina *la historia patria*. Está consciente de los esfuerzos que se han hecho y se hacen para esclarecer los dramas humanos del pasado¹⁷. En su papel de resguardo, se convierte en una especie de arqueólogo del pasado nacional. Encomienda la responsabilidad a un número importante de intelectuales, historiadores e investigadores que en diversas partes del país sostienen una labor en ese sentido: “como los hermanos Ramos, en Cumaná, López Rivas, de Maracaibo y Febres Cordero, de Mérida, dediquen sus fuerzas y talentos al estudio de la crónica local, obedeciendo a las atracciones de la familia; que otros, como Gil Fortoul y Alvarado, tiendan a la disquisición filosófica y social, y al engrandecimiento del todo contribuyan con fuerzas superiores; que otros, en fin, como Martel Larruscain, Yanes, Aguilera, Zumeta y otros más, se fijen en la biografía, en la leyenda o en rectificaciones históricas, es lo cierto que todos, animados de nobles sentimientos, converjan en un centro: la historia patria”¹⁸. No pierde de vista que el desarrollo de la nación va en sintonía con los aspectos económicos, sociales, políticos y culturales; ve con optimismo a su país y reconoce los adelantos logrados por otras naciones cuya influencia se evidencia de diversas maneras.

En ese sentido, Rojas resalta las transformaciones que han propiciado culturas como la estadounidense desde la proclamación de su Independencia, de la cual se había celebrado ya el primer centenario (1776-1876). Destaca de este pueblo

16. *Ibid.*, pp. XXVI-XXVII.

17. Con acierto señala Arturo Uslar Pietri que “Rojas se ha percatado muy pronto de que el conocimiento científico de las civilizaciones indígenas es el preámbulo necesario de todo estudio histórico de la nacionalidad. No el relato de la resistencia heroica de los caciques, que está en Oviedo y Baños, sino el conocimiento de sus lenguas, de sus usos, de sus artes, de su evolución y de las diferencias que existían entre sus distintas naciones”, *Aristides Rojas (1826-1894)*, Caracas, Ediciones de la Fundación Eugenio Mendoza, 1953, p. 39.

18. Aristides Rojas, “Introducción”, *Estudios históricos. Orígenes venezolanos*, p. 17.

su portentosa industria, su comercio que cruza todos los océanos y penetra en todos los pueblos de la tierra; su ciencia representada por las conquistas de la mecánica, de la náutica, de la astronomía, de la meteorología, de la medicina, etc., etc.; y esos otros luminosos factores que se llaman imprenta, telégrafo, teléfono, motor. Ha dado también al mundo, grandes escritores, historiadores que no contentos con estudiar la influencia de la raza anglosajona en el continente de Colón, han penetrado en los archivos españoles para regalarnos obras selectas sobre la conquista castellana y las galas de su espléndida literatura.¹⁹

Igualmente subraya los logros alcanzados por la cultura francesa al punto de haber celebrado también el primer centenario de su revolución (1789-1889). De esta cultura reseña sus adelantos, y añade que la misma “ha revelado a todos los pueblos que la República inspirada por el sentimiento patrio, puede sostenerse en medio de monarquías enemigas; y ha pasmado al mundo con las obras de su industria, con las creaciones del arte moderno y con sabias monografías en todos los ramos del saber humano”²⁰.

El balance que hace Rojas de estas dos culturas al filo de la celebración del centenario de hitos claves de su historia, lo contrasta con aquellos logros alcanzados por Venezuela, que se apresta a celebrar el primer centenario de su Independencia (1810-1910). Aunque está consciente de que no presenciara este momento, muestra su optimismo en cuanto a que podrán presentarse con orgullo “el desarrollo de nuestras conquistas intelectuales, industriales y sociales”; cree de manera optimista que los venezolanos “habremos biografiado a los principales actores del gran drama; habremos acabado de completar las colecciones históricas hasta hoy conocidas; habremos estudiado con más criterio la época de la Revolución y el carácter de sus hombres”²¹.

Su aporte entonces, va guiado no sólo por un optimismo declarativo sino por una contribución germinal que supera no solamente el sentido coyuntural del centenario de la revolución de independencia, sino que ci-

19. *Ibid.*, p. 15.

20. *Ibid.*, pp. 15-16.

21. *Ibid.*, p. 16.

mienta la piedra angular para el conocimiento de la historia cultural del país. De tal manera que sus estudios históricos, que él denomina orígenes históricos, son su contribución anticipada para esa necesaria tarea de conocer y comprender el proceso histórico del país:

Remontarnos a los orígenes de nuestra historia, en cada una de sus grandes etapas; aplicar al estudio de los hechos la crítica filosófica; rectificar sucesos muy mal apreciados por ausencia de documentos y de estudio; sacar del olvido figuras históricas que traen a la memoria hechos gloriosos; estudiar las costumbres y tendencias de cada época; presentar, en suma, a la historia lo que sea digno de la historia, según la célebre frase de Voltaire: tales son los propósitos que nos guían en esta labor continuada hace ya algunos años.²²

Él mismo se ocupa de ofrecer la nómina de estudios que contribuirían con esa tarea llena de amor patrio y de fe en el porvenir. De este entramado temático se puede deducir la amplitud de sus intereses, comprendidos en la necesidad de esclarecer las incógnitas del pasado y, más aún, de explicar gradualmente los procesos de conformación de la cultura nacional a lo largo de su historia:

“Los filibusteros en las costas venezolanas, durante el siglo XVI”; “Los filibusteros en las costas venezolanas, durante el siglo XVII”; “Las escuadras extranjeras en las costas venezolanas, durante el siglo XVIII”; “La obra de los misioneros”, “El elemento alemán en la conquista de Venezuela”, “El gran Solano y su obra”, “Orígenes de la imprenta en Venezuela”, “La Revolución de 1810 y sus hombres”, “El general Emparan. El canónigo Cortés Madariaga”, “El constituyente de 1811 y sus hombres”, “Las campañas de Miranda en Venezuela”, “Orígenes de los partidos políticos en Venezuela”, “La monomanía sobre monarquía es hija de la revolución”, “Orígenes sobre la diplomacia en Venezuela”, “Campaña de 1813”, “Boves”, “Las legiones extranjeras auxiliaadoras de la revolución”, “Miguel José Sanz”, “El general Morillo”, “La familia caraqueña”, etc., etc.²³

22. Arístides Rojas, “Introducción”, *Leyendas históricas de Venezuela*, p. V.

23. Arístides Rojas, “Introducción”, *Estudios históricos*, pp. 16-17.

Muchas de estas monografías se escribieron, otras, como la referida al elemento alemán en la conquista de Venezuela, se quedó en proyecto²⁴. Es importante destacar que en su conjunto, la mayor parte de estos estudios corresponde a un sentido fundacional de la nacionalidad. Sus monografías se asumen como elemento constitutivo de una tarea necesaria, que consiste en el develamiento de los hitos fundamentales de la historia patria, tanto la remota como la más próxima. Por esta razón son abundantes sus datos respecto de los elementos constitutivos del orden jurídico, de los deslindes territoriales, la conformación de las instituciones políticas y civiles. Es esa la Venezuela que se está fundando, que está construyendo su propio camino.

REIVINDICACIÓN HISTÓRICA DE ANDRÉS BELLO

Muchos son los prejuicios que se fraguaron en torno a la figura de Andrés Bello (1781-1865). Su participación como integrante de aquella selecta misión diplomática, la primera, enviada a Londres en 1810, con la finalidad de lograr apoyo británico para la causa independentista, estuvo tocada por la sospecha. Esta embajada singular, comprendida por Bello, Simón Bolívar y Luis López Méndez ha deparado en la historia de Venezuela no pocos equívocos e infundadas lucubraciones pero, independientemente de los aspectos políticos y estratégicos que la motivaron, posee como corolario los interrogantes sobre las razones que motivaron la decisión de Bello de permanecer en Londres y, más aún, el hecho de que ya no retornara a Venezuela pese a las gestiones de algunos de sus compatriotas influyentes —entre ellos el mismo Bolívar— de motivarlo a regresar.

Luego del largo periplo londinense que se extendió desde 1810 hasta 1829 y su posterior y definitiva escala en Chile, hasta su muerte en 1865

24. En una nota inserta en las *Humboldtianas*, Eduardo Röhl señala que tuvo la ocasión de ver un archivo con trabajos inéditos de Rojas pero que no logró localizar “la ‘Humboldtiana’ intitulada: ‘El elemento germano en la historia de Venezuela’, de que se habla en otro capítulo de esta obra y la que don Arístides Rojas dejó en preparación”, Arístides Rojas, *Humboldtianas*, comp. de Eduardo Röhl y prólogo de Ángel M. Álamo, Buenos Aires, Editorial Cecilio Acosta, 1942, v. 2, p. 206.

quedaron en suspenso las razones de una supuesta delación del movimiento de abril de 1810 por parte de Bello. El joven intelectual entonces comenzaba a ejercer funciones como hombre público y ocupaba el puesto de oficial mayor de la Secretaría de la Capitanía General. Arístides Rojas se ocupa de elaborar un menudo seguimiento a la vida y obra de Andrés Bello. Desde sus años juveniles en la Caracas colonial, y su proceso de formación intelectual, hasta su decidida participación en los acontecimientos políticos que se generaron a favor de la Independencia. Rojas ofrece menudos detalles sobre los hermanos José Ignacio, Luis y Javier Ustáriz, en cuya casa departían los políticos y letrados más distinguidos de la Caracas de entonces, entre quienes se encontraban Simón Bolívar, Antonio Muñoz Tébar, Francisco Iznardi y Vicente Salías, entre otros.

En esa casa, especie de ateneo, tuvo Bello contacto con obras clásicas de la lengua francesa e inglesa, que ya desde muy joven había aprendido y dominaba al igual que el latín. Su visita a la casa de los Ustáriz se produce entre 1797 y 1810. Rojas relata minuciosamente el día en que Bello se encuentra con un ilustre recién llegado, el barón Alejandro de Humboldt: “Bello, joven entonces de diez y ocho años, es presentado al viajero, quien puede calarle desde la primera conversación en francés que con aquel entabla. El prusiano, al ver cómo latía aquél corazón animado del sentimiento de lo bello y del amor a la naturaleza, estréchale la mano y le alienta con frases lisonjeras”²⁵.

De tal suerte, Rojas tiene el firme propósito de aclarar los malentendidos y sobre todo desenmarañar la calumnia que se había forjado contra Bello desde 1810, sobre conjeturas y falsas imputaciones. Ofrece una documentación y un razonamiento que asume con deber de patria. Esto es, no sólo limpiar la memoria de Bello de toda mácula que sus adversarios sembraron, sino exaltar de manera fehaciente su obra y su herencia intelectual. Por ello se propone:

Vindicar la memoria de un hombre célebre, prez y honra de Venezuela y de América: disipar el dicho vulgar con que, hace más de sesenta años, han querido calumniarle sus enemigos políticos y más después sus émulo: interrogar

25. *Ibid.*, p. 21.

los documentos, penetrar en el laberinto de las conjeturas y opiniones contradictorias, en solicitud de la verdad: estudiar a la luz de la sana lógica las opiniones dadas por los enemigos y los amigos de la Revolución de 1810: apelar, en fin, al criterio histórico y, armado de la crítica severa, juzgar los hechos consumados, tal es el noble fin que hoy nos estimula a escribir, en defensa del hombre ilustre que sirve de tema a este estudio, del tan aplaudido en el mundo de las letras, a quien las generaciones sucedidas desde 1810, han venerado, y cuya fama es ya imperecedera.²⁶

La revisión pormenorizada de documentos, de relatos históricos y las diversas versiones de los hechos, que puntualiza año tras año, dejan al descubierto que se trató de un infundio, que se hizo público una vez que Bello ya había abandonado el país, acompañando la misión diplomática. Estos rumores fueron perpetrados por algunos funcionarios españoles y sustentados en los relatos de los historiadores, primero españoles y después venezolanos, que repitieron sin fundamento las acusaciones iniciales²⁷. Rojas concluye que “la historia de nuestras guerras civiles descubre que, en la mayoría de los casos, las revoluciones se transparentan, más por la imprudencia y poco sigilo de sus autores, que por la delación de alguno o muchos de sus cómplices”²⁸. Rojas deshila la maraña y deja claramente sentado que se trató de una ignominiosa calumnia. Al tiempo de explicar en detalle las razones que motivaron a Bello para trasladarse a Chile y no a Venezuela, donde le ofrecían trabajo, Rojas abre una discusión e invita a sus lectores a hurgar en el episodio; así entra en el debate que había empezado muchos años antes. Sin embargo, estaba consciente de que no trabajaba para la generación de su presente sino para los historiadores del futuro.

26. Arístides Rojas, “Andrés Bello y los supuestos delatores de la revolución”, *Estudios históricos* (Serie segunda), p. 36.

27. “Como sucede siempre en las revueltas, figuran en ella actores indignos, y uno de estos censuró el nombramiento de Bello para secretario de la comisión que iba a Londres en 1810 [...] Esta pregunta que con insistencia se han hecho todos los venezolanos amantes de su patria y admiradores de este sabio, ha quedado resuelta por los eruditos trabajos de autores contemporáneos”, Federico Salas, *Discurso en el centenario de Andrés Bello celebrado en la ciudad de Mérida el día 10 de diciembre de 1881 por la ilustre Universidad*, Mérida, Imprenta de Juan de Dios Picón Grillet, 1882, p. 15.

28. Arístides Rojas, “Andrés Bello...”, p. 38.

ARÍSTIDES ROJAS Y JOSÉ MARTÍ

En enero de 1881 llegó José Martí (1853-1895) a Venezuela. Primero tocó tierra en Puerto Cabello y luego arribó a Caracas desde La Guaira. Son muchos los testimonios escritos acerca del impacto que causó el cubano en la intelectualidad caraqueña de la época y existen importantes valoraciones sobre su obra venezolana, tanto desde el punto de vista periodístico, que culminó en la empresa de fundar *La Revista Venezolana*, como de la literatura misma, de su trabajo periodístico y poético. Pero lo que me interesa destacar aquí es el modo como los trabajos de Rojas, al parecer ya conocidos por Martí en algunas publicaciones periódicas, contribuyeron en buena medida a su familiarización con la realidad histórica y cultural de Venezuela. En los propósitos de su *Revista Venezolana*, Martí convoca a muchos de los intelectuales más destacados de la época: “De venir aquí empeñan promesa, y ya les vemos venir en procesión de vencedores, Arístides Rojas, con la América a cuestas; con sus proféticas visiones (...)”²⁹.

En diversos trabajos se ha señalado el modo como este descubrimiento de la Venezuela histórica y cultural de Martí mucho debió a Rojas. Principalmente, las recopilaciones de leyendas históricas y sus estudios sobre la reconstrucción del mito de Amalivaca (o Amalivacá), a partir de los apuntes de Humboldt y Filippo Salvatore Gilij, son la base de una de sus más hermosas narraciones, como lo es “La leyenda del moriche”. Ésta fue para Martí una poderosa fuente que luego convertiría en el icono latinoamericano de su esperanza continental: el gran Semí, el padre de la semilla nueva, con que cierra su clásico ensayo “Nuestra América”: “La imagen del Gran Semí procede, sin duda, por su condición de energía sembradora de una humanidad nueva, de la figura mítica del padre Amalivaca”³⁰.

El mito de Amalivaca atraviesa la impronta del encuentro de 1492. Éste ha tenido diversas manifestaciones en la oralidad, en la literatura, y en

29. José Martí, “Propósitos”, *Revista Venezolana* (Caracas), N^o 1 (1881), Edición Crítica de Ramón Losada Aldana, Caracas, UCV, 1993, p. 33.

30. Cintio Vitier, “Una fuente venezolana de José Martí”, *La Nueva Revista Venezolana* (Caracas), N^o 1 (2006), p. 2.

el arte plástico. Sin duda que se trata de un antiguo vestigio del mundo indígena de la antigüedad prehispánica. El mito recrea la figura de un viajero, navegante de ríos y mares:

era un fundador de pueblos. Un ser superior, lleno de sabiduría, con la misión de enseñar, de proporcionar conocimientos para domeñar a la naturaleza para proteger a los hombres (...) De allí su relieve en la vida cultural de estos hombres, y explicable que el relato haya quedado grabado en algunas piedras, en las figuras de los petroglifos, aun todavía sin descifrar, y en toda la oralidad, es decir, en la memoria colectiva de la mayoría de los indígenas de Guayana.³¹

Por supuesto, se trata de redimensionar un relato de profunda raíz americana, cuyo valor se universalizó en la escritura de diversos viajeros europeos, que ha sido retomado y puesto en diálogo cultural con otros relatos para realzar su valor universal.

Así como la fábula está enraizada con el mito fundacional de América, en toda su geografía, la escritura fue cimentando un relato que por su poder de convicción estableció una verdad histórica y jurídica que trataba de desplazar a la verdad ficcional, esto es, al relato oral cuya transmisión y permanencia se sustenta en su condición verosímil. Desde el siglo XVIII, el relato sobre las andanzas de Amalivaca, un ser dotado de poderes sobrenaturales, impactó la escritura de algunos viajeros y cronistas, como Filippo Salvatore Gilij (1721-1789) quien residió entre los aborígenes del Alto Orinoco por más de dos décadas y dejó una extensa obra titulada *Ensayo de historia americana*³². Gilij, al referirse al mito de aquel héroe fundador impone el dogma del origen del hombre contra el relato antropogónico de los tamanacos. Al respecto escribió: “De Amalivaca los Tamanacos hablan como de un hombre que estuvo con ellos en Maita, dicen que andaba vestido, que era blanco, y cosas semejantes no convenientes a quien los creó, sino a quien los llevó el primero a aquellos lugares. Por lo contrario, la

31. Trino Borges, “Amalivaca, una afirmación necesaria en la Venezuela de los 500 años festivos”, *Actual* (Mérida), N° 23 (1992), p. 90.

32. Filippo Salvatore Gilij, *Saggio di Storia Americana*, escrito en italiano y publicado en Roma en 1780.

formación del mundo, la de ellos mismos, y del Orinoco, etc., son proezas de divinidad”³³.

Igualmente, el sabio alemán Alejandro de Humboldt, también dedicó sendas páginas a resaltar la presencia del héroe y lo dejó registrado en su *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo* (1799), donde señaló:

Los pueblos de raza tamanaca [...] tienen una mitología local relacionada con unas piedras pintadas donde Amalivaca, el padre de los tamanacos, es decir, el creador del género humano [...] llegó en un barco al momento de la gran inundación que llaman *la edad del agua*, cuando las oleadas del océano se estrellaban, en el interior de las tierras, contra las montañas de La Encaramada. Todos los hombres –continúa Humboldt– o por decir mejor, todos los Tamanacos se ahogaron, con la excepción de un hombre y de una mujer quienes se salvaron sobre las montañas cerca de las orillas de Asiveru... Amalivaca viajando en un barco, grabó las figuras de la luna y del sol sobre la Roca Pintada (Tepumereme) de La Encaramada.³⁴

En el siglo XIX se incorpora el mito a la cultura letrada; su forma escrita mucho debe a la investigación de Rojas, y a un libro pionero sobre las leyendas de Venezuela. “La leyenda del moriche” fue recogida por Arístides Rojas en su libro *Leyendas históricas de Venezuela* (1890)³⁵. Ya en el siglo XX se estabilizó el mito vinculado en primera instancia al papel de un héroe salvador. Cuando se produjo el diluvio universal y estaban los tamanacos a punto de morir: “vieron de pronto una extraña canoa que avanzaba por encima del oleaje, manejada por un hombre alto y fuerte, de agudos ojos brillantes como la luz. Era Amalivaca, padre de las gentes que nacerían después, el cual traía con él en la canoa a su hermano Vochy y a sus dos

33. F. Salvatore Gilij, *Ensayo de historia americana*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1965.

34. Alejandro de Humboldt, *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1985, v. 4, pp. 403-404. La primera edición en francés data de 1799, titulada *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*. La primera versión en castellano es de 1826.

35. Arístides Rojas, *Leyendas históricas de Venezuela*, pp. 1-8. También refiere el episodio de Amalivaca cuando interpreta “Los jeroglíficos venezolanos”, *Estudios indígenas*, Caracas, 1944.

hijas”³⁶. Este hecho se relaciona con el fin de un período y el inicio de otro, y determina el hilo mismo de la relación mítica y el comienzo de un ciclo civilizatorio. Amalivaca expande el fruto de la palma moriche del cual habría de nacer una humanidad nueva³⁷.

Son muchos los elementos de tipo documental, los datos históricos y sobre todo aspectos simbólicos que le proporcionan los escritos de Rojas a Martí. Para el cubano éstos poseen un valor mítico y más aún, le sirven para refundir en su propia obra elementos cósmicos con los cuales plena las interpretaciones telúricas de lo raigal americano. La estima que tuvo el joven escritor por el ya consagrado don Arístides continuó en la correspondencia que enviaba desde Nueva York a sus amigos venezolanos³⁸, luego de su precipitada salida de Venezuela, en julio de 1881. A esa amistad, llena de gratitud, le sumó Martí el reconocimiento que le expresó en memorables páginas de su *Revista Venezolana*: “Arístides Rojas agota cuanto toca (...) Van en Rojas unidas, con muy rara presteza, la idea y su ejecución: ni en idear se le saca delantera, ni en ejecutar se le gana hora”³⁹. Esa perspectiva se muestra invariable entre quienes se han acercado a la esencia de esa relación intelectual, de afecto e intercambio, esto desde la perspectiva de estudiosos cubanos y venezolanos, como es el caso de Ramón Losada Aldana para quien

el cubano tenía predilección por Arístides Rojas (...) Martí encomia la cultura enciclopédica de Rojas y expresa admiración por el conocimiento que tiene el venezolano de mayas, quipus quechuas, aztecas, tupíes, muyscas, guaraníes, cumanaquitos, siboneyes. La prueba de que estos conocimientos no son

36. “Mito tamanaco. Amalivaca”, *Literatura indígena de Venezuela*, Caracas, Kapelusz, 1981 (selección, estudio preliminar y notas de Ítalo Tedesco).

37. Este motivo es retomado por José Martí en dos oportunidades. Véase: “Maestros ambulantes”, *Obras selectas*, La Habana, Centro de Estudios Martianos-Editora Política, 1978, v. 1, p. 80, y “Nuestra América”, *Obras selectas*, La Habana, Centro de Estudios Martianos-Editora Política, 1978, v. 1, p. 527.

38. Al respecto comenta Pedro Grases: “Escribía Martí con toda ilusión, encariñado como estaba en el contacto con sus amigos de Venezuela, a quienes quería entrañablemente, tanto por los vivos afectos que había dejado en Caracas, como por el eco que llevaban a su alma enamorada de los valores históricos del país –cuna de Bolívar y de Bello– al que se había ofrecido como hijo dispuesto a servirlo”, “Un nuevo libro de José Martí”, *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 96 (1953), p. 57.

39. José Martí, “Libros nuevos”, *Revista Venezolana* (Caracas), Nº 1 (1881), p. 54.

otra cosa que estímulos a la recuperación de la autenticidad latinoamericana consiste en que el cubano incorpora a su propia obra antropogonías, mitos, leyendas y elementos culturales indígenas aprendidos en don Arístides.⁴⁰

La relación intelectual y amistosa de Arístides Rojas y José Martí queda evidenciada en documentos y testimonios. Dos grandes personalidades convergen en un momento histórico en el cual se están definiendo cambios fundamentales en la cultura del continente. Estos pasan por la transformación de modelos estéticos, modificaciones en el sentido de la ciudadanía, y el nuevo rumbo de muchos de los países hispanoamericanos hacia la modernización. En ese sentido, es importante tomar en cuenta el valor de la palabra que sustenta las raíces de la cultura propia, y así cada una de las transformaciones de aquella modernidad que se pretende impulsar en medio de profundas contradicciones.

LAS PRIMERAS PALABRAS SOBRE VENEZUELA

En el estudio que Rojas tituló “La primera colonia en aguas de Venezuela (1498-1550)”, se establecen las coordenadas iniciales del arribo de Colón a Venezuela, su estadía en el golfo de Paria, el descubrimiento de la perla y todo cuanto significó el trazado de la primera ciudad del Nuevo Mundo.

Los referentes iniciales de la espacialidad, de la geografía y la naturaleza de lo que hoy en día es Venezuela, se remontan al relato contenido en la *Carta de relación del tercer viaje* (1498) de Cristóbal Colón, escrita a los Reyes Católicos. En ella se da cuenta del impacto que el “ánimo” del almirante sintió frente al paisaje. En ella describía por vez primera, en la lengua que sería dominante, el golfo y la península de Paria; y lo que creyó que era un mar de aguas dulces, ignorando que se encontraba ante el Orinoco, uno de los más grandes ríos de lo que luego se llamó América. Con un relato occidentalizado, escrito en una lengua que no era la ori-

40. Ramón Losada Aldana, “José Martí y su *Revista Venezolana*”, Alberto Rodríguez Carucci (comp.); *José Martí en Venezuela y Nuestra América*, Mérida, Universidad de Los Andes / Cátedra Latinoamericana José Martí, 1992, p. 82.

ginaria del cronista comenzó una fábula, una mitología, una leyenda y también una historia.

Este relato significó también en términos de constitución discursiva, la creación del Nuevo Mundo. En la mentalidad de Colón se hace evidente que su situación presente se contrasta con lo aprendido. Él sabe que un río de gran magnitud que impacta fuertemente en su encuentro con el mar no existía en Asia según lo aprendido de la descripción geográfica de Ptolomeo. Entonces

en su mentalidad de hombre de la Edad Media lo que se le ocurre pensar es que aquél debe ser uno de los cuatro ríos que salen del Paraíso Terrenal, a donde no podía llegar nadie salvo por voluntad divina, pero tenía entendido que el Paraíso estaba en Asia y esto no concuerda con la noción del inmenso territorio que está al sur, según le informaron algunos pobladores a sus marineros. Menos aún se corresponde con la idea de que a esa altura haya río semejante en el continente asiático, según lo que ellos sabían. Por eso, intuitivamente, escribe que seguramente está en presencia de una nueva tierra, de otro mundo.⁴¹

El auge y ruina de Cubagua que tanta importancia tiene en el proceso del posterior poblamiento de Venezuela, tiene mucho que ver con la investigación histórica que adelantó Rojas y que nutrió “La leyenda del moriche”. Sin embargo, en su aproximación al estudio de aquella primera colonia, destaca el carácter cruel que tuvo el proceso. La llamada por Colón “Tierra de Gracia”, fue hospitalaria desde la llegada de los navegantes en 1498. Los habitantes de las costas saludaron a los ocupantes de las carabelas, las mujeres de bellos portes y agraciadas formas llevaban en el cuello y brazos sargas de perlas. Esta imagen, recreada de manera detallada por Rojas, le sirve de marco para explicar los pormenores del auge y destrucción de la Nueva Cádiz como se le llamó a la isla, “que ostentó sus riquezas e hizo gala de sus edificios y de su comercio, y que al través de los tiempos debía desaparecer en medio de los cataclismos de la naturaleza, al

41. Arturo Usler Pietri, *La creación del Nuevo Mundo*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1990, p. 11.

agotarse los indios y las perlas, y al alejarse de ella, como de suelo maldito, los seres que la habían explotado durante cincuenta años”⁴².

El relato acerca del reconocimiento, colonización y destrucción de Cubagua podría ser un ejemplo de cómo la precisión del dato histórico, sumada a unos recursos retóricos que llenan de colorido al relato, prestan una gracia especial que resalta su valor plástico:

Cubagua es la primera feria de la riqueza indígena; la primera Colonia desde la cual el conquistador debía despoblar a Venezuela; el gran mercado de esclavos que abre la historia de la conquista española en la porción Sur del Continente. Cubagua es el punto de reunión de los filibusteros salteadores de la familia americana, y de todos los malhechores que, monstruos salidos del abismo, destruyeron en el espacio de cincuenta años, lo que la Providencia había concedido a aquellos sitios; la perla que guardaban las aguas; el indio libre, hospitalario, amante del hogar, destinado a sucumbir por el hambre y el dolor.

Cubagua es cuna, feria, colonia, campo de muerte, prisión y tumba. Allí fueron conducidas las familias indígenas de todos los puntos de la costa por mercaderes salteadores, para ser esclavizadas. ¿Qué significaba aquella C enrojecida, humeante, que arrancaba ayes lastimeros y dejaba surcos de sangre sobre el rostro de las madres, de los jóvenes, de los niños arrebatados al calor de sus hogares, para ser conducidos a La Española como esclavos? Castilla, Caribe, Cubagua, ¿qué importa lo que significaba esa inicial, si ella dejaba siempre sobre el cuerpo del hombre libre el sello del oprobio y de la muerte!⁴³

De esta manera Rojas, pionero en los estudios históricos sobre la fundación de Venezuela, se ocupa también de otros elementos que tienen de igual manera un carácter fundacional. Prueba de ello son sus estudios sobre las lenguas indígenas, sobre las narraciones y testimonios de aquellas culturas; pero también de todo el proceso de organización política, económica y social que fue evolucionando con los años de la Colonia. Son reveladores sus ensayos y monografías sobre los orígenes de la imprenta, de los partidos políticos,

42. Aristides Rojas, “La primera colonia en aguas de Venezuela (1498-1550)”, *Estudios históricos*, p. 20.

43. *Ibid.*, pp. 22-23.

de la diplomacia, de la Biblioteca Nacional, de la instrucción pública, la fundación de las academias; todo ello vinculado a una tradición que recupera lo propio a la luz de las transformaciones que el pensamiento de la Ilustración insuflaba desde Inglaterra y Francia, y que convenía como empresa vinculada al empeño por hacer florecer el pensamiento y la cultura propios.

Todo demuestra un plan coherente puesto que da cuerpo a un conjunto de aspectos que en suma permiten comprender no sólo sus preocupaciones históricas sino su formación, su método, filosofía, con abundantes ejemplos y sobre todo con una información suficiente de primera mano.

FUNCIÓN Y HONRA DE PRECURSOR

A Rojas le debe la historiografía venezolana su reconocimiento como pionero. Una serie de ciencias nuevas y de orientaciones también novedosas en el tratamiento de las ya existentes, ubican a Rojas como un obsecuente revelador de secretos. Por ello, sus aportes a la sismología, a la arqueología y el folklore, a la heráldica y la numismática, se suman a su interés por la espeleología y de una manera mucho más palpable a la antropología, la historia y a una ciencia que como tal era novedosa, la lingüística⁴⁴.

Pero a todas esas disciplinas, que aparentemente distanciarían los focos de interés, Rojas las vinculó principalmente con un método que daba cuenta de los procesos constitutivos de las ciencias, las artes y la historia, tanto en Venezuela como en Hispanoamérica. En aquella Venezuela carente de recursos materiales, plagada de enfermedades y conflictos internos, el ambiente no era muy cónsono con una vocación estimulada por el estudio y la investigación.

Sin embargo, pese a las dificultades, se impuso su voluntad de auscultador de la realidad; su amor por el país, por el pasado que forjó la razón de

44. Como bien lo afirma Francisco Javier Pérez, al valorar los aportes que se dieron en esta disciplina durante el siglo XIX, es necesario: “Salvar los abismos documentales y resucitar las realizaciones perdidas o ignoradas. Son algunas de las tareas más urgentes para hacernos idea clara de lo que fue ese portentoso momento de nuestra lingüística”, *Las raíces de la modernidad lingüística en Venezuela. El siglo XIX*, Mérida, Universidad de Los Andes-Consejo de Publicaciones, 2006, p. 8.

ser de sus días, fue el aliciente que le permitió darse la tarea de ayudar a la construcción espiritual de la nueva nación. Y en ello influyó necesariamente la reciprocidad que recibió de muchos de sus contemporáneos, la aceptación de su trabajo intelectual, la estima de sus compañeros de generación, que se convirtió en respeto incondicional con el correr de los años: “Don Arístides pudo ejercer acción benévola y benéfica, porque la sociedad de su época supo oírlo, y de él aprendió a reconocerse mejor, a tener confianza discreta en sí misma, a buscar su mejoramiento”⁴⁵. Quizás el paso de los años y los nuevos derroteros que fueron tomando el país son la clave de su magisterio y la enseña de su vocación profundamente venezolanista.

ENTRE LA TRADICIÓN Y LAS COSTUMBRES

El desarrollo de la cultura nacional luego de culminado, por lo menos militarmente, el proceso de constitución del Estado nacional, estuvo acompañado por una importante reflexión que ayudó a consolidar una forma inclusiva de lo literario, en tanto conciencia de lenguaje y una escritura con pretensiones filosóficas, sociológicas y por supuesto históricas.

Así como se consolidaron los nombres de algunos pensadores, también se superó la anonimidad de la escritura poética, presente durante la guerra de Independencia y comenzaron a destacarse los nombres de algunos poetas. En el campo de la narrativa, se produce una alianza entre el periodismo que, también superado el escollo de la Guerra Federal, dio impulso a formas escriturales no necesariamente politizadas a favor o en contra de los bandos opuestos. Un buen número de autores dejaron su impronta en el periodismo, en publicaciones como *La Guirnalda* (1839), *El relámpago* (1843), *El palo encebado* (1846), *El diablo Asmodeo* (1850), *El Mosaico* (1854), *El Jején* (1854), entre otras, que sirvieron de espacio difusor para unos intelectuales que ejercían su oficio, a veces de manera ocasional, y que todavía no constituían el gremio del escritor profesional, que se desarrollaría con el modernismo, pocos años más tarde.

45. Santiago Key-Ayala, “Arístides Rojas, institución”, *Obras selectas*, Madrid, Edime, 1955, p. 608.

Aun cuando en la clásica *Antología de costumbristas venezolanos en el siglo XIX* (1940), de Mariano Picón Salas no se incluye el nombre de Arístides Rojas, sí lo hace Pedro Díaz Seijas en el ensayo titulado “Hacia un concepto del costumbrismo en Venezuela”, que se insertó como apéndice en la reedición que se hizo de aquel libro en 1964⁴⁶. En todo caso, Rojas también, aunque parcialmente, participaría de una tradición donde los “cuadros” se hallaban afianzados en sus funciones didácticas e históricas, que la historiografía literaria reconoce entre los momentos germinales de la narrativa venezolana como un subgénero relativamente tardío y discontinuo. Javier Lasarte Valcárcel considera al costumbrismo como un género que “a lo largo del siglo XIX, participa en la discusión y produce imágenes sobre las ideas de nación y de pueblo, haciendo la salvedad de que, para la mayoría letrada de ese momento, una y otra se recortaban sobre el paisaje humano de la ciudadanía, es decir, la parte ilustrada de esa comunidad, y como género al que concurren miradas diversas, decidoras de la particular situación y posición desde la cual sus escritores producen los cuadros”⁴⁷.

Esa práctica discursiva muestra una incipiente intención estética, que fue base fundamental para el desarrollo posterior de la “literatura nacional”; como lo señala Juan Liscano: “Los costumbristas van a ser los realistas de esa sociedad incipiente que, apenas salida de las guerras, va a parar en las dictaduras. Ellos se sitúan entre los publicistas de la Independencia y los escritores de ficción por venir. Anuncian el fin de la epopeya y el principio de la novelística”⁴⁸.

El costumbrismo fija un conjunto de patrones sobre los personajes, el

46. Género de costumbres, pero más consecuente con la historia, el tradicionalismo se remonta a nuestros primitivos orígenes. Febres Cordero, Arístides Rojas, entre los mejores, han dejado una apreciable obra inspirada en nuestra más genuina tradición y en la cual se hace presente el sentido de nuestras costumbres arcaicas. Pedro Díaz Seijas, “Hacia un concepto del costumbrismo en Venezuela”, Mariano Picón Salas, *Antología de costumbristas venezolanos en el siglo XIX*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1980, p. 428.

47. Javier Lasarte Valcárcel, “Nación, ciudadanía y modernización en el costumbrismo venezolano”, Luis Barrera, Carlos Pacheco y Beatriz González; coords., *Venezuela: tradición en la modernidad*, Caracas, Fundación Bigott / USB-Equinoccio, 1998, p. 176.

48. Juan Liscano “Ciento cincuenta años de cultura venezolana”, Mariano Picón Salas, Augusto Mijares y otros, *Venezuela independiente 1810-1960*, Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, 1962, pp. 452-453.

espacio y el tiempo de narración, como un relato en el que se elabora una “estampa” con visos históricos, donde la anécdota es lo más resaltante. Por encima de estos elementos formales, están los temáticos y principalmente el lenguaje. Para Arturo Uslar Pietri, “el género costumbrista se había extendido desde España a toda la literatura hispanoamericana. Es el género por excelencia del periodismo romántico. Rojas estuvo entre los que cultivaron con más asiduidad esas estampas satíricas y graciosas. Sin embargo, en el momento de formar su libro, parece repudiar el género”⁴⁹.

Sin embargo, creo que es necesario ir mucho más allá, a lo más definitivo de esa tradición en cuanto a la concreción de un perfil de la nación que se estaba comenzando a pensar y sobre todo a fijar mediante la escritura. En ese contexto se enmarca la impronta fundacional del costumbrismo, que tiene diversas etapas. Alba Lía Barrios establece un primer período que ella llama “Primer Costumbrismo”, entre 1830-1859. Acota el hecho de que es a partir de ese último año cuando aparecen cambios literarios y no solamente hechos históricos, discutiendo así el modelo que en 1940 había propuesto Picón Salas⁵⁰. A las “épocas” corresponden los hitos de la historia política: (1830-1848): período en que se ubica la oligarquía conservadora; (1848-1864), correspondiente a la oligarquía liberal y a la Guerra Federal; (1864-1885), correspondiente al Despotismo Ilustrado, presidido por Antonio Guzmán Blanco⁵¹.

En el cambio histórico-político se asume también un cambio en las mentalidades, se impone como necesidad la superación del culto a los héroes y se trueca por una necesidad de conocer las raíces de lo propio, de la herencia colectiva; importa también la filosofía de la historia que no se alcanza sino después de un difícil proceso de síntesis y elaboración intelectual. Interesan los hechos concretos: la pintura de costumbres, los ele-

49. Arturo Uslar Pietri, *op. cit.*, p. 35. Opinión similar expresa Felipe Tejera cuando señala que Rojas “No tan feliz parece en el género de costumbres, sin que por eso le neguemos algunos aciertos y escenas bien copiadas del natural; mas no es allí donde Rojas puede lucir sus mejores prendas”. “Aristides Rojas”, *Perfiles venezolanos*, Caracas, Presidencia de la República, 1973, p. 210.

50. Mariano Picón Salas, *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX (1830-1900)*, Caracas, Ministerio de Educación, Biblioteca Venezolana de Cultura, 1940.

51. Alba Lía Barrios, *Primer costumbrismo venezolano*, Caracas, La Casa de Bello, 1994.

mentos de folklore y de espíritu popular que hay en toda historia, aquellos detalles pintorescos que son los que suscitan la impresionable imaginación del lector⁵².

Entre los elementos que funcionan como vínculos de esta forma narrativa tenemos, por un lado, la presencia de la primera persona del narrador. Éste es un rasgo de escritura que se aprecia en los cuadros reunidos desde sus primeras etapas. Por otra parte, cada cuadro, por su naturaleza, es una narración breve, concisa, que trata un solo tema a manera de anécdota, donde los rasgos elocutivos predominantes son la narración y el diálogo.

Es frecuente también la utilización de un recurso enunciativo mediante el cual el narrador presupone a su receptor, para quien se narra en segunda persona; en algunos casos está presente la forma epistolar. En el cuadro de costumbres hay una manifiesta intención de crear “tipos” humanos, singularizados por su actuación con un papel que le otorga comportamientos fijos y por lo tanto predecibles, como el baladrón, el petardista, el romántico, el cura pícaro, el político corrupto, etc. Picón Salas en su ensayo “Venezuela: algunas gentes y libros”, señala:

La terapéutica de la exageración y la sensiblería –enfermedades de todo romanticismo– es en nuestra literatura criolla el “cuadro de costumbres” en que los escritores de 1840 –y uno de ellos con tanta gracia y vigor como Daniel Mendoza– empiezan el inventario de tipos populares que, en crudo lenguaje de la calle caraqueña o de la vaquería llanera, viven su vida especialísima o vuelcan su juicio sobre la injusticia, arbitrariedad y el abuso que soportan los venezolanos. Si el “costumbrismo” es, a veces, humorismo, frecuentemente ejemplariza las “moralidades” de nuestro siglo XIX.⁵³

A fines del siglo XIX se imprime en el país el proyecto de construir identidades colectivas que se reconozcan en su propia historia, que recuperen un orden histórico y un orden jurídico. En ese sentido se engrana

52. Véase Mariano Picón Salas y Guillermo Feliú Cruz, *Imágenes de Chile. Vida y costumbres chilenas en los siglos XVIII y XIX a través de testimonios contemporáneos*, Santiago de Chile, Nascimento, 1937, p. 12.

53. Mariano Picón Salas, “Venezuela: algunas gentes y libros”, *Venezuela independiente*, pp. 11-12.

con el objetivo de recuperación que tienen las “belleza de la patria”, donde el paisaje juega un papel fundamental, puesto que también constituye un principio identitario. Se produce entonces un cambio en el papel protagónico del intelectual a quien se le exige una participación más decisiva, desde el modo como se inserta socialmente –en este caso como historiador y escritor–, y sobre todo, en tanto sujeto consciente de su papel como civilizador: éste se corresponde con un orden ilustrado que presupone a un lector que está en proceso de formación para ejercer la ciudadanía. En esa tradición, el papel que jugó Arístides Rojas es fundamental por cuanto sus aportes, desde la perspectiva histórica y literaria, constituyen un llamado de atención hacia la inflexión detallada, cuidadosa, desmitificadora del pasado venezolano. Su indagación documental y su escritura misma fueron –y siguen siendo– una base para comenzar el proceso de ordenamiento discursivo que posibilite la transición del recuento mítico de la oralidad a la sustentación documental de la historiografía.

EL MÉTODO HISTÓRICO

Arístides Rojas se hizo historiador al calor de los acontecimientos, en contacto con los protagonistas de las gestas independentistas. Vio y comprendió como una urgencia recuperar la memoria de tales hechos pero no como simple anecdótico, sino con la condición grave de servir de pilar a la explicación científica del acontecer de sus días.

La historia se representa en la escritura pulcra de los hechos pero también en el ordenamiento fáctico y sobre todo comprobable de lo acontecido. En ese sentido, ensaya una política de la escritura, que asume como una responsabilidad intelectual dada su condición de letrado⁵⁴ y más aún

54. Esta es una categoría compleja, que se corresponde con el papel “civilizador” del intelectual a quien la sociedad le demanda una acción y una participación comprometida con las transformaciones sociales propiciadas por los proyectos educativos: “Los diversos modos de la escritura y su función social están buscando consolidar bases desde lo literario como lo ha hecho la educación, problematizan el papel del intelectual”. Véase Julio Ramos, “Literatura y vida pública: sobre la categoría del letrado”, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, pp. 62-81.

el modo como se le representa socialmente en tanto polígrafo, poseedor de un gran prestigio intelectual y responsable de una abundante producción intelectual.

Por ello explicó muy claramente en la introducción de sus *Leyendas históricas* que “Nuestra historia no ha sido todavía escrita, porque así lo han exigido el tiempo y los acontecimientos; pero hemos llegado ya a la época en que deben aglomerarse todos los datos, aclararse los puntos dudosos, rechazarse las fábulas, estudiarse los pormenores a la luz de la filosofía, cotejarse, restablecerse las épocas y descubrir el verdadero carácter, tendencias, influjo de cada uno”⁵⁵. Ese reclamo grave era para sí un acto de fe en su propio trabajo de anticuario y recopilador de voces dispersas para devolverlas a la nación. Lo mejor de su obra se produjo bajo el influjo de la tradición romántica; aquella podría enmarcarse en la llamada literatura historicista: “que era una gran veta que esta tendencia exaltaba como un modo de robustecer las raíces nacionales, destacar lo típico y estimular la imaginación popular mediante historias tradicionales que combinaban la fantasía con anécdotas y episodios compartidos por la colectividad”⁵⁶.

Simultáneamente, no sólo las tendencias historiográficas sino las literarias mismas se movían a un ritmo vertiginoso. En Venezuela la poesía comenzaba a mostrar la nueva pedrería expresiva. La novela empezaba a asomarse y se consolidaría con la publicación de *Peonía*, de Manuel Vicente Romero García en 1890. El costumbrismo entra en decadencia como género. El modernismo se va apoderando del lenguaje creativo de escritores y periodistas, y las tendencias arraigadas en la temática de lo nacional se afianzan en el criollismo. Para el momento ya Rojas se acerca indeclinablemente a su ocaso vital.

Y después se referirá de manera puntual a la manera de construir ese discurso sobre lo histórico y lo hacía sobre la conciencia de constituir un elemento fundante: “Siguiendo un orden metódico y sintético podremos reunir los materiales del edificio, y fijar la base sólida y levantar las colum-

55. Arístides Rojas, “Introducción”, *Leyendas históricas de Venezuela*, pp. VI-VII.

56. José Miguel Oviedo, *op. cit.*, v. 2, p. 118.

nas que llevarán por capiteles los trofeos gloriosos de nuestra emancipación política”⁵⁷.

La perspectiva histórica de Rojas es sistemática. No sobrealúa un período con respecto a otro sino que lo comprende como una sucesión de hechos que van sumándose al presente para constituir un todo que es necesario explicar y documentar:

La historia de Venezuela está conexcionada, no sólo con la del pueblo primitivo que habitó nuestra zona, el hombre prehistórico, y después con la del pueblo que supo conquistarlo, sino también con la historia de las naciones europeas, durante los dos siglos que siguieron al descubrimiento de la América. Lo está igualmente con la época sangrienta de los filibusteros en el mar antillano y en todas las costas del continente, y con las guerras sostenidas por España desde el siglo décimo sexto, contra las poderosas naciones del viejo mundo.⁵⁸

De esta manera establece un nexo con su lector. Parte de una consideración general para luego ir precisando los detalles de su método y al mismo tiempo indicar, con absoluta amplitud, sus objetivos. Está consciente de su labor pionera, por ello abunda en los detalles que marcaron el camino de su investigación:

Remontarnos a los orígenes de nuestra historia, en cada una de sus grandes etapas; aplicar al estudio de los hechos la crítica filosófica; rectificar sucesos muy mal apreciados por ausencia de documentos y de estudio; sacar del olvido figuras históricas que traen a la memoria hechos gloriosos; estudiar las costumbres y tendencias de cada época; presentar, en suma, a la historia lo que sea digno de la historia, según la célebre frase de Voltaire: tales son los propósitos que nos guían en esta labor continuada hace ya algunos años.⁵⁹

Rojas, quien consideraba que la enseñanza era una de las conquistas del progreso, mantuvo a lo largo de su vida una cuidadosa relación con el poder, entiéndase como tal, el apego desmedido a alguno de los depositarios, por

57. Arístides Rojas, “Introducción”, *Leyendas históricas*, p. VII.

58. *Ibid.*, pp. VII-VIII.

59. *Ibid.*, p. V.

la vía que fuese, de los altos cargos públicos. Con modestia y tino elegante supo mantener la distancia para así consagrarse al estudio, al cultivo del conocimiento, y a la noble tarea de transmitirlo.

Así como vivió de cerca la intimidad con el pasado nacional, prefirió la soledad productiva que le acompañaba en su estudio y en el tan mencionado “desván” de anticuario donde convivía con toda la imaginería de su tiempo, con objetos y documentos que atesoró de una manera única e irrepetible. Rojas se esmeró no solamente por coadyuvar en la construcción de la idea de nación sino que también aportó al modo como ésta podía ser percibida, es decir, contribuyó a fomentar el sentimiento de nación como forma de identificación y pertenencia.

La obra de Rojas, en sus múltiples formas tuvo como claro horizonte la necesidad de ahondar en la psicología popular. Y para ello consideró necesario superar el sentido de epopeya que guió el discurso sobre los hechos recientes de la emancipación; darle un asidero documental a las fábulas y proporcionarles a los hombres que hicieron las hazañas de independencia un carácter humano, más allá de esa fábula heroica. Consideró necesario afianzar lo histórico y para ello fue necesario domesticar la leyenda.

Si bien es cierto que mucho del prestigio humanístico de Rojas se debe a sus *Leyendas históricas*, no es menos cierto que el inmenso volumen de sus contribuciones en otros órdenes del saber, nos sitúan frente a la necesidad de reconocerlo como un humanista. Sus investigaciones superan en mucho el simple recuento de su historia anecdótica. Su camino consistió en buscar la verdad de lo sucedido en las fuentes directas, recuperar y desempolvar viejos documentos, revelar, en el sentido más amplio del término lo que estaba oculto: “Cada objeto de arte, cada libro es un testigo admirable que nos dice la verdad, sin agregar ni empobrecer la historia de las generaciones que yacen en la tumba. La humanidad no perece en el movimiento del progreso; una porción de ella se ausenta, otra surge: ambas se complementan”⁶⁰.

Arístides Rojas emprendió la tarea de historiar desde los detalles más

60. Arístides Rojas, *Historia de una colección de cacharros*, Caracas, Litografía del Comercio, 1940, p. 60.

menudos y aparentemente simples, hasta los más enjundiosos que significaban prácticamente aclarar dramas de vida. Con ello estaba fincando un aporte sustancial a la historia moderna por cuanto así como ayer “en nuestros días, la historia es lo que transforma *documentos* en *monumentos*, y que, allí donde se trataba de reconocer por su vaciado lo que había sido, despliega una masa de elementos que hay que aislar, agrupar, hacer pertinentes, disponer en relaciones, constituir en conjuntos”⁶¹.

La tarea era de aparente simpleza, aclarar las verdades oscuras y revueltas, enderezar las noticias con rectificaciones y penetrar en un pasado lleno de prejuicios y exageraciones. La deformación de la verdad obedecía en parte a las carencias de método propias de la época que Rojas vivió. Su tarea entonces se engrandece y deja al arbitrio de los lectores de su tiempo y a la conciencia de los lectores que le esperaban en el futuro un cúmulo de datos y documentos que son la base para una historiografía moderna, más esclarecedora y suficiente.

DE LA LEYENDA A LA CRÓNICA

Muchos de los textos de Arístides Rojas han ganado fama por su forma de escritura. La recuperación de versiones de hechos del pasado que, por carecer de un asidero documental, se ubican en el terreno de la leyenda, permitió que su escritura obtuviera no sólo la estabilización en tanto relato, sino que fuera alimentada con el caudal cognoscitivo, que se corresponde con el capital cultural del autor. Las leyendas que nos legó son consideradas como modelos de su especie por poseer precisamente la gracia, la agilidad y al mismo tiempo la profundidad en la investigación de sus posibles fuentes. Igual acontece con la crónica, que obedece a un planteamiento mucho más elaborado, en sintonía con las nuevas formas expresivas que se imponían desde el periodismo en el siglo XIX, sometido a nuevos impulsos y exigencias: el resultado fue el brote de la crónica como género nuevo en las letras hispanoamericanas⁶². Quizás Rojas no

61. Michel Foucault, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1995, p. 11.

62. José Olivio Jiménez, “El ensayo y la crónica del modernismo”, Luis Íñigo Madrigal;

estaba consciente de las transformaciones que en su momento se estaban dando en esta forma discursiva. El molde que utilizó desde el punto de vista formal y el canal que le sirvió de soporte para la difusión: el periódico, lo convierten en un pionero del nuevo género que como una forma de profesionalización de la escritura y del oficio de escritor, se estaba dando en las principales capitales de Hispanoamérica. El hecho es que muchos de sus escritos sobre la capital venezolana, que él pensaba agrupar bajo la denominación de *Caracas*, se corresponden formalmente con la modalidad discursiva de las crónicas. Son textos que combinaban sus fronteras entre el periodismo y la literatura⁶³, los cuales reclamarían hoy para Rojas un sitio entre aquellos fundadores del género que alcanzaron su plenitud creadora con el modernismo.

ASPECTOS FUNDACIONALES DE LA CRÓNICA

Arístides Rojas, convencido de su labor divulgadora, se dio a la tarea de confeccionar una serie de estampas bajo la formalización de relatos circunscritos por el espacio y destinados para ser difundidos en la prensa. Dio a la imprenta una serie de crónicas, que han sido, en el transcurrir del tiempo, sus textos más difundidos, reimpresos y organizados con criterios diversos en colecciones que toman de los conjuntos originales, aquellos considerados como de mayor aceptación entre sus lectores.

El género de la crónica fue muy popular en el siglo XIX. Los grandes escritores de la época, que empeñaron su pluma en la labor de difusión tuvieron en esa forma escrita uno de los soportes más eficientes para difundir un ideario, conformar un gusto literario o simplemente, aportar a la discusión de los hechos principales de la vida cotidiana. También,

comp., *Historia de la Literatura Hispanoamericana II, Del neoclasicismo al modernismo*, Madrid, Cátedra, 1987, p. 544.

63. Sobre este sentido fundacional de la crónica en el siglo XIX, “La crítica modernista como práctica cultural reveló un profundo corte epistemológico. No sólo la duda ocupaba el centro del pensamiento, sino que la temporalidad invadía como un marco casi palpable. Todo era perecedero, cambiante, imperfecto y masivo”, Susana Rotker, *Fundación de una escritura. Las crónicas de José Martí*, La Habana, Casa de las Américas, 1992, p. 154.

dentro del proceso de profesionalización de los escritores, muchos de ellos provenientes en primer lugar del periodismo, encontraron en la crónica un medio de vida. Son célebres en Hispanoamérica, por su abundante producción de crónicas, escritores como José Martí, Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel Díaz Rodríguez, José Enrique Rodó, entre otros; muchos de ellos poetas o narradores, pero sobre todo, fueron cronistas de su época.

Las características de la crónica se definen mejor como género a finales del siglo XIX en toda Hispanoamérica. Quizás su dinamismo, su complejidad argumentativa y su mixtura evidencien de la manera más amplia su sentido y conformación, como bien lo señala Marlene Vázquez:

ese híbrido, formado por dosis equivalentes de periodismo, literatura (entiéndase narrativización, ficcionalización, lenguaje poético, juicio de corte ensayístico), texto de matiz historiográfico [...] marcado por la impronta cultural de la época, está sometido, por decirlo de algún modo, a una presión dialógica interna que cohesiona los diversos componentes que lo forman de modo que no se vean las suturas pero también está permeada por el susurro o el vocerío, según sea el caso, de las muchedumbre que desfila por sus páginas.⁶⁴

El cronista, por su naturaleza, debe ser en primer lugar un lector atento. Lector en el sentido más amplio del término, debe descifrar todos los sentidos de cuanto percibe para ser transmitidos, por su efecto de mediación, con la precisión y el detalle que ayude a su lector a ver, literalmente, la textura de cuanto describe, la profundidad y viveza de cuanto narra. Y es que en todo cronista hay un narrador implícito que genera y comparte todo su proceso creador. En éste hay una sumatoria de recursos que pasan de la utilización cuidadosa de los artificios retóricos, que rozan a menudo en lo poético, hasta la invectiva que promueve el proceso de ficcionalización, cuyos horizontes los delimita su capacidad de fabulación.

En ese contexto es necesario tener en cuenta la naturaleza diversa de

64. Marlene Vázquez, "El dialogismo en las Escenas norteamericanas", *Martí y América. Permanencia del diálogo*, Guatemala, Letra Negra Editores, 2004, p. 9.

la crónica de Rojas, ésta tiene sus raíces en el relato histórico; el molde es nuevo, los contenidos dibujan unas coordenadas ancladas en el pasado remoto. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la mayoría de sus crónicas, publicadas en la prensa caraqueña, tenían como destinatario, en muchos casos, a lectores nuevos, que habían ido incorporándose paulatinamente al proceso educativo formal de los gobiernos finiseculares, principalmente el encabezado por Antonio Guzmán Blanco, desde 1870. La mayoría de la población era analfabeta, sin embargo, por los detalles reportados por muchos de sus contemporáneos, los textos de Rojas calaban sin dificultad en diversos sectores de la población que tenían acceso a la lectura.

En todo caso, se trataba de composiciones llenas de novedad, con lenguaje cuidadoso, no carente de intencionalidad poética, que abordaban viejos temas, sabidos en parte, intuitivos otros y que Rojas, gracias a su erudita investigación, ofrecía con lujo de detalles. De allí que se manifieste frecuentemente la alta estima que sus contemporáneos tuvieron para sus textos.

Eso, por otra parte, generaba un alto sentido de identidad, de pertenencia, pues en el discurso subyacía en su casi totalidad una intención profundamente nacionalista. Entiéndase esta expresión como un acendrado interés por dar a conocer elementos constitutivos de la patria, que se iba rehaciendo tanto en el plano de las instituciones como en el de las representaciones. En ese aspecto, el periodismo, el arte pictórico y la literatura ofrecían un espacio privilegiado.

LA NUEVA CIENCIA, EL NUEVO SABER

La educación, las ciencias naturales y las artes venezolanas en la década de los setenta del siglo XIX se vieron transformadas por los nuevos ordenamientos de la filosofía positiva. En 1868 se había organizado la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales. Como presidente fue nombrado Adolfo Ernst y Aristides Rojas como segundo vicepresidente. Como órgano de la mencionada Sociedad comienza a editarse la revista *Vargasia*. En el seno de esta Sociedad se discuten y difunden las orientaciones del pen-

samiento positivista. Se debaten las teorías de Charles Darwin sobre la transformación y evolución de las especies. Entre los participantes de esta Sociedad figuran hombres prominentes de las ciencias en Venezuela, tales como Adolfo Frydensberg, Francisco de Paula Acosta, Agustín Aveledo, Jerónimo Blanco, Lino Revenga, Elías y Teófilo Rodríguez, Fermín Toro y Manuel V. Díaz, entre otros.

Todas las ideas universales de su momento histórico tienen su representativo en aquel grupo de hombres de la Sociedad de Ciencias Naturales que se iniciaba. Trabajan y crean como obreros que realizan una tarea urgente y orientan sin afirmaciones huecas.

Rojas está en la avanzada. Su acucia lo indaga todo. Su optimismo y su generosidad impulsan a otros. Y se piensa no solamente en el terrón venezolano sino en la latitud latinoamericana.

Ese anhelo de cohesión, de unidad y esfuerzo continental, que hoy es prédica y actitud, estaba en ellos con tanta fuerza como en los antepasados de 1810.⁶⁵

El proyecto educativo que propició el gobierno de Antonio Guzmán Blanco desde 1870, impuso como norma los postulados de Augusto Comte (1798-1857). El *Cours de philosophie positive* (1830-1842) se leía y comentaba en las aulas universitarias. Era necesaria una explicación que diera cuenta de “la ley general sobre la marcha progresiva del espíritu humano”, esto es, sobre los hechos científicos y sociales.

Por ello, desde el seno de la universidad se encarga esta labor difusora a dos insignes maestros, quienes llevan a las cátedras la nueva ciencia. Al doctor Adolfo Ernst (1832-1899), alemán, quien había llegado a Venezuela en diciembre de 1861, le fue encomendada la misión de desarrollar los estudios positivos en su cátedra de Historia Natural en 1874, y el doctor Rafael Villavicencio (1838-1920), se ocupó de hacer lo propio –un poco antes– en la cátedra de Historia Universal. Pronto la nueva enseñanza cundió las aulas y se postuló prácticamente una filosofía oficial para los estudios superiores. Ésta se adecuaba al proyecto “modernizador” y más aún

65. José Nucete Sardi, “Aristides Rojas y su época, evocación creadora”, *El Universal* (Caracas), (2 de mayo de 1944), p. 4.

“civilizador” que Antonio Guzmán Blanco había querido impulsar desde su primer gobierno (1870-1877).

De manera simultánea con las nuevas empresas científicas se funda la Sociedad de Amigos del Saber, que nació como idea en 1881 y se estableció en 1882, como parte de los homenajes consagrados al Libertador en el primer centenario de su nacimiento⁶⁶. De una manera general se ha afirmado que el positivismo adoptado por los venezolanos en su primera etapa (historiadores, sociólogos, juristas, biólogos, médicos, escritores, etcétera), no fue dogmático ni sistemático sino que más bien obedeció a una especie de eclecticismo. Rojas estuvo en contacto directo con las nuevas orientaciones de la ciencia y la historia, pero también la sociología y la religión. Conocía a los oficiantes del nuevo saber y compartía con muchos de ellos la lectura de las obras que propugnaba la novedad de las ideas positivas.

En los escritos de esta etapa se puede advertir cierto optimismo basado en la confianza que otorga a su método el apoyo de las ciencias a las investigaciones históricas. Sin embargo, no será preciso y ajustado a la realidad, considerar a Arístides Rojas propiamente como un positivista. Como muchos otros científicos e intelectuales de la época, generó ideas nuevas, basadas en esta filosofía, pero –y en ese sentido es prudente la opinión de Ángel J. Cappelletti– la inclusión de Arístides Rojas entre los positivistas resulta problemática⁶⁷.

En esta perspectiva descansa en parte el sentido de modernidad que se evidencia en muchos de sus escritos, aunque en algunos, sobre todo los que integran *Crónica de Caracas*, se note más bien nostálgico por el pasado ciudadano, por el tiempo un tanto estratificado de la colonia, con sus costumbres y su religiosidad.

Santiago Key-Ayala, quien trató personalmente a Rojas y reconoció su magisterio, en diversas oportunidades manifestó su admiración por el modo como Rojas encaró su relación con su ciudad natal, y asumió el compromiso de dibujar su perfil, recuperando para la memoria colectiva tantos

66. Gonzalo Picón Febres, *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*, Buenos Aires, Ayacucho, 1947, p. 192.

67. Ángel J. Cappelletti, *Positivismo y evolucionismo en Venezuela*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994, p. 170.

elementos de su historia que, si existen hoy en día, se debe al testimonio de su escritura:

Caracas, la que fue, la que se está yendo, la que será, le debe todo el amor que él puso en este rincón del mundo, amado de la gloria. Rastreo él como nadie antes, su pasado colonial, y supo del por qué del nombre extraño y pintoresco de muchas esquinas, la historia de sus templos, los sucesos menudos de su vida. Y todo esto en general, de primera mano, cuando los archivos eran aglomeraciones confusas, aptas para suministrar un concepto objetivo del caos.⁶⁸

Ese contexto que sitúa en primer lugar su *locus* de enunciación, va a proyectar todo su interés investigativo y a volcar su vocación nacionalista, la cual se convirtió, muy tempranamente, en el tema de sus recurrencias. Por sus anotaciones sabemos cómo era el clima, la vestimenta, muchas de las costumbres, por su relato nos enteramos de los detalles de la vida cotidiana, de los paisajes, de la vida cultural, “el primer clavecino y las primeras arpas, y (cuando) se bebió la primera taza de café. Sabemos esto por Rojas. Si él no lo hubiera escrito tales recuerdos estarían olvidados”⁶⁹.

En 1891 elabora una lista de avances científicos que dan cuenta de cómo percibía al país, y específicamente a Caracas desde su conciencia moderna. Nótese que no se trata solamente de un inventario sino de una secuencia vivencial de aquello que definitivamente iría a transformar la dinámica social de entonces: “La imprenta, como alimento cotidiano, ha penetrado en todos los pueblos; las hojas del periodismo se han hecho necesarias a la familia; el telégrafo, el teléfono, el vapor en los océanos y en los continentes, han traído cierta fraternidad que une y sostiene los pueblos de la tierra. El naturalista ha penetrado en las ignotas selvas y en los abismos, en solicitud de la vida orgánica, mientras que el historiador cava los sepulcros de remotos siglos”⁷⁰.

Aunque para la fecha ya había dejado atrás el rigor de sus estudios médicos y el ejercicio mismo de la medicina, Rojas comprende perfecta-

68. Santiago Key-Ayala, “Aristides Rojas”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, (Caracas), N° 36 (1926), p. 8.

69. Enrique Bernardo Núñez, *op. cit.*, p. 5.

70. Aristides Rojas, “Introducción”, *Estudios históricos*, p. 15.

mente que el ritmo de los tiempos, con su carga de novedad, le impone un necesario deslinde de sus pasiones profesionales:

renuncia a su profesión de médico para mejor cumplir su misión de escritor. Va coleccionando una hermosa biblioteca, objetos de cerámica, cacharros, documentos, pinturas, objetos indígenas, curiosidades modernas, muebles antiguos, tapicerías, autógrafos y otros enseres preciosos que poco a poco serán un número entre su nutrido y variado gabinete de estudio, que él mismo llamó el “Desván de un anticuario” y donde fueron naciendo progresivamente sus trabajos de geología, de botánica, ciencia y poesía, historia, leyendas, folklore, numismática, heráldica, que hicieron de nuestro autor una ilustre personalidad en las letras de la Venezuela del siglo XIX.⁷¹

Igualmente, exploraba con disciplinas que estaban perfilándose con nuevos métodos y que iban haciendo insospechados hallazgos, como, por ejemplo, los estudios sobre la lengua:

Arístides Rojas no pierde ocasión para publicar los primeros esbozos y logros de las dos obras más hermosas que dedicara al lenguaje: *Ensayo de un diccionario de voces indígenas de uso frecuente en Venezuela* (1881) y *Cien vocablos indígenas de sitios, ríos, alturas, vecindarios, pueblos, ciudades y nacionales, en los Valles de Caracas, del Tui y de la costa venezolana* (1882). En esta última, da en la diana descriptiva al privilegiar, por encima de otros asuntos, el análisis de los topónimos para la reconstrucción de los orígenes lingüísticos nacionales.⁷²

Metafóricamente, Enrique Bernardo Núñez había adelantado una explicación sobre este interés por el conocimiento y lo había relacionado con las primeras descripciones y desciframiento de los jeroglíficos venezolanos: “Las rocas altísimas que se ven junto al Orinoco estaban entonces a flor de agua y el hombre podía detenerse en su canoa y grabar aquellos signos. Estas piedras perdidas en la espesura forman una guía. Son el primer libro venezolano. Rojas ha leído ese libro de piedra y comienza a decirnos parte

71. Juan Saturno Canelón, *op. cit.*, p. 28.

72. Francisco Javier Pérez, *op. cit.*, p. 29.

de ese contenido”⁷³. En muchos de sus escritos se percibe el tamiz de su método y se evidencia la influencia de la filosofía positivista. Sin embargo, es importante tener en cuenta que

su método no consiste en establecer postulados preconcebidos para luego pretender justificarlos (...) Rojas cambia el empirismo de nuestros estudios históricos por el positivismo verdaderamente científico, que no incurre en la grosera exageración a que ha llegado el positivismo comtiano, el mal llamado determinismo científico o el fanatismo sociológico, tan en boga ulteriormente como avanzada novedad, a pesar de que hace mucho tiempo cayeron en descrédito.⁷⁴

Para Rojas la importancia del método radica en el sentido de verdad que debe guiar al historiador. Esa intuición, que se hace certeza en su praxis de historiador, no obedece tempranamente a ninguna forma de apreciación académica. Se sitúa, más bien, en la línea de un aprendizaje autodidacta pero guiado con sentido crítico. Esto es, el modo como ejerce un cuestionamiento velado sobre el relato histórico que no se preocupa por la objetividad.

Ese sentido de objetividad podría ser considerado, en términos del mismo Rojas como “justicia histórica”, la cual define como “la luz que sostiene la vida de los mundos, y como ésta penetra en los más apartados mundos, enaltece el mérito digno de premio, fustiga sin piedad al crimen y saca del olvido a las víctimas ilustres, llamadas a figurar, las primeras, en los anales de cada pueblo”⁷⁵. Esto es para él un asunto de criterio. Y el ejercicio del criterio de Rojas parte de servir como mediador de una realidad remota, traerla hacia su presente y tener en cuenta que la misma ayudará a comprender los tiempos venideros.

Muestra de ello es el hecho de preocuparse por ofrecer siempre, junto a sus consideraciones, afirmaciones o discusiones críticas de la herencia re-

73. Enrique Bernardo Núñez, *op. cit.*, p. 15.

74. G. Manrique Pacanins, “Palabras del profesor G. Manrique Pacanins, de la Facultad de Ciencias Políticas”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), N^o 36 (1926), p. 21.

75. Arístides Rojas, “Introducción”, *Estudios históricos*, p. 13.

cibida, una documentación hasta entonces desconocida o difundida muy parcialmente. En su escritura se explicita la firme intención de considerar y asumir un método que le permita ajustarse a lo acontecido con rigor científico, sin dejar espacios al azar. Por ello afirmó que: “Desde los caracteres más conspicuos o ignorados de la sociedad antigua; desde los más inadvertidos acontecimientos en el orden público, hasta los grandes cataclismos humanos, todo obedece a las leyes inmutables del organismo social, como obedece el huracán a leyes misteriosas del organismo terrestre”⁷⁶. Así, al final de su vida, escribió: “Al bajar la pendiente de la vida, la tolerancia nos acompaña en el estudio meditado, y el corazón se inclina al bien, porque ha podido emanciparse de esos fuegos fatuos, hijos del amor propio y de las vanidades sociales. Ni envidiosos ni envidiados”⁷⁷.

En una escueta nota, consignada en la edición conmemorativa del centenario del nacimiento de Arístides Rojas, en 1926 se reseña que el sabio había previsto que a su muerte se quemaran sus manuscritos. Como suele ocurrir el deseo no se cumplió y quedó para sus sucesores el trabajo de organizarlos, ordenarlos y darlos a la publicación. Al parecer, dicha manifestación obedecía a la propia autocensura del escritor en torno a lo enrevesado de su caligrafía. Explica José E. Machado que Rojas había dispuesto que se quemasen todos sus papeles, por el temor muy fundado de que no se entendiese la escritura:

En una apostilla colocada al pie de la página 737 del volumen *Obras escogidas* de Arístides Rojas, París, 1907, advierten los editores que la postrer (*sic*) disposición del autor fue que se quemaran todos sus escritos, por el temor de que no se entendiese la escritura. Tales disposiciones casi nunca se cumplen, pero la previsión parece justificada, pues tipógrafos que todavía viven, y compusieron originales de Rojas, nos han dicho que su letra era de tal modo ilegible que se dio el caso de no poder descifrar él mismo lo que antes había escrito.⁷⁸

El tiempo vital no le alcanzó a Rojas para ver concluida de manera

76. *Ibid.*

77. Arístides Rojas, “Introducción”, *Leyendas históricas de Venezuela*, p. IV.

78. José E. Machado, “Dos palabras”, Arístides Rojas, *Estudios históricos*, Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, 1927 (Serie segunda), p. II.

sistemática la publicación de sus obras. El entusiasmo que había puesto en clasificar, depurar y preparar para la imprenta sus manuscritos se vio oscurecido cuando en 1892 estalló un nuevo levantamiento bélico. El gobierno del general Raimundo Andueza Palacio había propiciado un contrato para llevar a la imprenta sus obras de una manera sistemática. Ahora, este gobierno había sido depuesto. Por una *praxis* que tenía visos de fatalidad, el pueblo venezolano parecía acostumbrado a los levantamientos armados y a una fugaz sensación de paz. Para el anticuario no había plazos mucho más largos. Por ello, la programación que había pensado para sus obras en dieciséis o diecisiete tomos, ya no fue posible. Muchos de sus contemporáneos no comprendían cómo Rojas, tan profuso en su producción intelectual, no tenía publicados más libros orgánicos⁷⁹.

Reseña Enrique Bernardo Núñez que “Rojas cambiaba a menudo los títulos de sus escritos”⁸⁰ y que el plan inicial no se cumplió ni aun después de su muerte cuando comenzaron a compilarse sus obras con diversos títulos y con ordenamientos temáticos más o menos afines, por ello repetitivos entre una y otra antología. El mismo Núñez dio forma al conjunto de textos que Rojas había escrito sobre su entrañable ciudad, así que el primer conjunto orgánico de *Crónica de Caracas*, editado en 1946, se debe a su empeño y en parte a su propia perspectiva de ser un constante admirador y defensor de la historia de aquella Caracas de antaño. Esto se prolonga en su labor de cronista y, principalmente, en su libro *La ciudad de los techos rojos* (1948).

En la introducción a sus *Leyendas históricas* (segunda serie, 1891), Arístides Rojas deja constancia de que sus obras se estructurarían de la siguiente manera: *Estudios históricos* (2 volúmenes), *Estudios indígenas* (2 volúmenes), *Leyendas históricas de Venezuela* (5 o 6 volúmenes), *Siluetas de la Guerra a Muerte* (1 volumen), *Literatura de la historia de Venezuela*

79. Apenas había dado a la imprenta: *Ciencia y poesía*, Caracas, Tip. de los Estados Unidos de Venezuela, 1868; *Un libro en prosa*, Caracas, Rojas Hermanos, 1876; *Estudios indígenas*, Caracas, Impr. Nacional, 1878; *Orígenes del teatro en Caracas*, Caracas, Casa Editora de La Opinión Nacional, 1890; *Estudios históricos*, Caracas, Impr. y Lit. del Gobierno Nacional, 1891, y *Leyendas históricas de Venezuela*, Caracas, Impr. de la Patria, 1890-1891, 2 series.

80. Enrique Bernardo Núñez, “Esta edición”, Arístides Rojas, *Crónica de Caracas*, p. 7.

(1 volumen), *La Revolución de 1810* (1 volumen), *Correspondencia inédita de Bolívar* (1 volumen), *Caracas* (1 volumen), *Folklore venezolano* (1 volumen).

El modo como se han ido componiendo las antologías de sus escritos borra prácticamente aquellas fronteras, que es necesario establecer entre la crónica, la tradición y la historia, propiamente. En Rojas el deslinde representa verdaderamente un riesgo historiográfico por cuanto su comprensión del fenómeno humano y sus representaciones crean todo un complejo significativo que exige no sólo una visión amplia sino una perspectiva de vasos comunicantes que permita explicar la producción textual y el amplio interés temático de sus escritos en torno a temas tan vastos como creencias, usos, costumbres, tradiciones, supersticiones, sentencias, adagios, refranes, dichos, canciones populares, etc.

Por ello, cuando el lector se enfrenta a este tipo de universo expresivo, es importante que lo haga con sentidos abiertos, sin prejuicios. Manuel Bermúdez hace una interesante síntesis de esas facetas en comunicación dinámica: “la leyenda está impregnada de dos ingredientes altamente cautivadores: la poesía y la verdad. A todo esto Arístides Rojas le añade su formación científica y humanística con lo que logra un encuadre formal que hace de sus leyendas verdaderas obras de arte”⁸¹.

Para Rojas era importante ofrecer los elementos más precisos y completos sobre la historia nacional, no para analizarla con un afán sociológico sino para explayar sus propias posibilidades cognoscitivas. En ese sentido, más que un divulgador, Rojas es un explorador de las palabras con las cuales entreteje el nuevo entramado simbólico de la patria.

Su exposición es didáctica y, consciente de ello, posee al mismo tiempo el sentido último del orden y riqueza de la escritura⁸². Asume plenamente

81. Manuel Bermúdez, “Prólogo a Arístides Rojas”, *Crónicas y leyendas*, Caracas, Monte Ávila, 1979, p. 14.

82. En ese sentido, la labor de Rojas mucho tiene de correlación con la de Bello para quien había una labor civilizatoria en la escritura, especialmente en la gramática, que ayudaría a consolidar el orden de la nación. Véase al respecto Julio Ramos, “El don de la lengua”, *Paradojas de la letra*, Caracas, ExCultura-Universidad Andina Simón Bolívar, 1996, pp. 3-21.

su tarea de clarificar la historia, poner en su lugar los hechos, rectificar los testimonios y documentar las afirmaciones. Para ello se vale de una documentación de primera mano que fue buscando, compilando y organizando con delectación y esmero. Es una lástima que aquél emporio de objetos y papeles, no los hubiese resguardado el país como parte de su herencia, irrecuperable hoy en día. Queda sí, aunque fragmentario todo su legado escrito, resultante de esa pasión tenaz que se convirtió en práctica de vida y razón del intelecto.

LA DINÁMICA DEL ESTILO

El modo como el discurso conforma la realidad se convierte en elemento definidor del estilo. Su riqueza depende de la claridad y abundancia léxica del escritor. Un arte de la expresión está asociado a la finura, al dinamismo, a la prolijidad léxica y al juego sintáctico. Si el estilo es el hombre, como suele afirmarse, en Rojas confluye perfectamente, la conciencia del lenguaje y la mediación que la escritura ejerce en el tema tratado. Su discurrir es ameno y didáctico al mismo tiempo. No el fárrago promovido por el intento de la erudición sino, al contrario, la vocación didáctica se impone en el modo como desea ser entendido, comprendido y acompañado.

Su discurso es accesible y por ello, a pesar de la hondura o la aridez del tema, siempre deja abiertas las ventanas a la imaginación y se ubica amablemente en el papel de mediador. En su escritura hay rigor, pero al mismo tiempo claridad y gracia. Trátese de temas de la historia, del comercio, la industria, la geografía, el lenguaje mismo, siempre está presente la conciencia y la voluntad de estilo. Sin embargo, en tan abundante producción es natural encontrar algún descuido, algún párrafo huyendo de las normas gramaticales o un error de imprenta que no fue posible corregir; esto, en muy contados casos, produce confusión en el asentamiento del algún nombre propio o de lugar.

Sin embargo, y era lógico comprenderlo por la magnitud de la empresa divulgadora que asumió como preocupación intelectual desde muy joven, algunos de sus contemporáneos, de manera testimonial, aportaron elementos sobre el particular. Tal es el caso de Gonzalo Picón Febres (1860-1918)

quien tiene siempre palabras de reconocimiento para su obra y estima hacia su persona. En su polémica obra *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve* (1906) expone el siguiente comentario:

los estudios históricos de don Arístides Rojas, trabajados con laboriosidad infatigable, llenos por todas partes casi siempre de luminosos comentarios, y riquísimos de crónicas y notas que sirven a robustecer el conocimiento de los hechos que en ellos se describe, por supuesto que sin mayor elegancia ni pureza en el manejo del idioma, ya que Arístides Rojas (y yo puedo decirlo con certeza, porque lo traté muy de cerca y me favoreció con su noble y provechosa intimidad) se preocupaba más del fondo que de la forma de sus obras.⁸³

Estos detalles de forma no minan el portento de su pluma, la búsqueda de claridad y el logro de la belleza expositiva. En un texto de 1891 logra hacer confluír el método, la exposición y los objetivos en perfecta síntesis. Señala Rojas:

La monografía histórica, es decir, el trabajo intelectual que tiene por objeto el esclarecimiento de hechos consumados, ya en el orden político de toda sociedad, ya en el estudio de personajes y de episodios, de épocas, de los orígenes y conquistas de un pueblo, en el desarrollo creciente de la humanidad; tal es el campo donde, de un siglo a hoy, cosecha opimos frutos el estudio ayudado de la observación y de la sagacidad, inspirado por el amor a lo grande y a lo bello, sostenido por la constancia, ayudado del espíritu filosófico y del criterio recto, y siempre tras los más puros ideales de la conciencia para premiar virtudes eximias, rendir culto a la verdad y homenaje a los espíritus elevados que han desaparecido al choque de las convulsiones humanas.⁸⁴

Rojas acomete la no fácil tarea de convertir su canal de expresión, es decir, la escritura expositiva, en un nuevo molde que cobraba prestigio en otras latitudes: el ensayo. Y asumía dicha forma como parte de una tarea igualmente encomiable, que significaba acometer la escritura de una

83. Gonzalo Picón Febres, *op. cit.*, pp. 20-21.

84. Arístides Rojas, "Introducción", *Estudios históricos*, p. 13.

manera clara, amena y elegante. Por otra parte, se ocupó de modificar la perspectiva del recuento heroico que privilegiaba en la historia oficial las hazañas militares de los héroes, para darle cabida a un nuevo relato, que daba primacía a la historia civil.

Prueba de ello son sus estudios dedicados a resaltar la obra de personajes tales como Andrés Bello, Martín Tovar y Tovar, los hermanos Salias, Alejandro de Humboldt y José Joaquín Olmedo, entre otros. Y para ello convierte en molde el nuevo espacio-tiempo de la modernización. La convención iba entonces en dirección de considerar los temas de la Colonia en su justa dimensión histórica; aquellos trescientos años de evolución política y maduración social, contra el alarde adánico de algunos que despreciaban lo sucedido en estas tierras antes de 1810.

UNA EDICIÓN CONMEMORATIVA DE SUS OBRAS

Cuando en 1926, se cumplió el primer centenario del nacimiento de Arístides Rojas, se realizaron diversas actividades en Caracas para exaltar su memoria. En esa ocasión la Academia Nacional de la Historia editó un boletín especial con contribuciones diversas de escritores, historiadores y funcionarios que honraron su memoria con sendos ensayos. Entre ellos destaca la carta que envía Francisco González Guinán (1841-1932), de la Academia Nacional de la Historia, en la cual enumera las cualidades de intelectual y ciudadano que prendaron a Rojas. En la retórica de la época podemos entresacar juicios como el siguiente:

Arístides Rojas como criatura humana era esencialmente cristiano y supo practicar esta gran síntesis: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. Como hombre de sociedad fue culto, respetuoso y afable. Como individuo de hogar doméstico, fue austero en sus costumbres. Como amigo fue consecuente y leal. Como comerciante, cumplido en sus tratos. Como historiador, esclavo de la verdad y amante de la justicia. Como literato, idólatra de la naturaleza. Como escritor, fecundo, claro y elegante. Como trabajador, infatigable. En su trato con los demás hombres, la tolerancia fue su constante inspiradora. En su larga vida de escritor, jamás se vio tentado por la vanidad, ni disputó preeminencias. Escribió mucho, y siempre escri-

bió bien, sobre ciencias, sobre filología, sobre historia, sobre artes, sobre literatura.⁸⁵

En su valoración sobre las cualidades ciudadanas de Rojas, el mismo González Guinán apuntó que Rojas, “sin haber hecho profesión de la política, sirvió a la Patria con absoluta abnegación y juzgó a los hombres públicos con imparcial criterio; porque si bien es cierto, que de abolengo le venían los principios de su credo, jamás los coloreó con los subidos tintes de las pasiones personales, y tuvo alteza de miras para observar a los partidos y completa tolerancia para tratar a sus semejantes”⁸⁶.

Para aquella ocasión especial, el gobierno de la República, representado por Juan Vicente Gómez, encomendó, según decreto refrendado por el ministro de Educación, Rubén González, la publicación de sus obras dispersas. Partiendo de la consideración de que “gran parte de los trabajos de Arístides Rojas se encuentran dispersos en periódicos, revistas y folletos, que por su extrema rareza ni son conocidos del público, ni se hallan hoy al alcance de los estudiosos”, se establece en el articulado de dicho decreto que se publicarían “los trabajos históricos de Arístides Rojas que no estén en las *Leyendas históricas* y *Orígenes venezolanos*”. Esto por supuesto no se cumplió al pie de la letra y el resultado se concreta en tres volúmenes que fueron titulados, respectivamente, *Estudios históricos* (1926) (Serie primera); *Estudios históricos* (1927) (Serie segunda) y *Lecturas históricas* (1927) (Serie tercera). Esta edición sería enjuiciada años después por Enrique Bernardo Núñez, cuando prologó *Crónica de Caracas*, para las ediciones del Ministerio de Educación⁸⁷. En todo caso, los actos conmemorativos del centenario de don Arístides Rojas en 1926 fueron iniciados por la Academia Nacional de la Historia y secundados por el impulso oficialista del gobierno de Gómez que propició la conmemoración de la importante fecha. José E. Machado, organizador de aquellos tres volúmenes antológicos escribió:

85. Francisco González Guinán, “Carta dirigida al artista Antonio Herrera Toro”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), N° 36, (1926), p. 4.

86. *Ibid.*

87. Enrique Bernardo Núñez, “Prólogo a Arístides Rojas”, *Crónica de Caracas*, Buenos Aires, Ministerio de Educación, Biblioteca Popular Venezolana, 1946, pp. 7-8.

Arístides Rojas vivió consagrado a sus libros y a sus cacharros, como él llamaba la valiosa colección de objetos históricos y artísticos que logró reunir en su gabinete de estudio, sobre cuya puerta hizo grabar las palabras de Keats: *A thing of beauty is a joy for ever*. Allí lo posó Arturo Michelena para fijarlo en admirable pintura donde aparece el sabio entre cuadros, tapices, platos, fuentes, monedas y medallas, la lupa en la mano, en actitud de examinar detenidamente una pieza con que, sin duda, acababa de enriquecer su valioso museo. Nunca lo vimos en ese su *Sancta Santorum*; pero sí conservamos en la memoria su efigie: el sombrero hacia atrás, los anteojos calados, y, bajo el brazo izquierdo el habitual paraguas, tal como lo dibujó a la pluma J.M. Herrera Irigoyen.⁸⁸

Más allá de la anécdota y de las motivaciones que en aquel entonces propiciaron los actos conmemorativos, se hacía patente el hecho de que era éste el primer esfuerzo oficial que se hacía para sistematizar parte de la obra de Rojas, acercar sus escritos a nuevos lectores y hacerlos más asequibles, pues no se editaba un conjunto significativo de sus trabajos desde 1907 cuando su propio hermano, el marqués de Rojas promoviera la edición de sus *Obras selectas*, en París.

UN ARDUO CAMINO HACIA LA CIVILIZACIÓN

La obra de Arístides Rojas se debe valorar en relación con su tiempo, con las herramientas metodológicas y científicas de las cuales dispuso. Su vocación venezolanista salta para abonar el fértil suelo de su interés por la historia y la ciencia. Su legado continuará por mucho tiempo en la obra de sus epígonos, no obstante, a simple vista, disímiles entre sí, como Lisandro Alvarado (1858-1929), José Gil Fortoul (1861-1943) y Tulio Febres Cordero (1860-1938). Su obra es vasta y descomunal, comparada con el promedio de los escritos legados por muchos de los intelectuales contemporáneos suyos. Como bien lo señala Machado: “Injusto sería mirar con desdén la obra de Arístides Rojas porque en el estudio de los hechos y en el análisis de los personajes no se encuentren aplicados, en toda su extensión,

88. José E. Machado, “Arístides Rojas”, prólogo, *Contribuciones al folklore venezolano*, Caracas, Fundación Shell-Fondo de Publicaciones, 1967, pp. 16-17.

los métodos modernos. Ciertamente no es un Spencer ni un Taine el autor de los *Orígenes venezolanos*. Tampoco lo fueron Herodoto ni Tácito; que eran muy otras y diferentes las maneras de escribir la historia”⁸⁹.

Su obra, considerada como pionera y mejor aún como fundacional, no es exagerado considerarla civilizadora. Es en mucho la escuela que luego perfeccionarían otros científicos sociales de la talla de José Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, Gonzalo Picón Febres, Pedro Manuel Arcaya (1874-1958), Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936), Diego Carbonell (1884-1945), Julio César Salas (1870-1933), Vicente Lecuna (1870-1954), Manuel Landaeta Rosales (1847-1920) y César Zumeta (1863-1955), entre otros contemporáneos y continuadores en la tarea de pensar el país, su historia, sus tradiciones y el valor de sus hombres. Diversos elementos asumidos desde la filosofía positivista, y muchos de los postulados que rodeaban al estudio del evolucionismo, ayudaron en su momento a explicar, aunque fuera en parte, elementos esenciales del drama nacional.

Muchos son los aportes que las bibliografías y las antologías del siglo XIX le deben a su incondicional tarea de ayudar a reconstruir los discursos diversos de la historia nacional, como bien lo reconoce su hermano, José María Rojas cuando, al presentar su monumental *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos* (1875), afirmó:

para llevar a cabo esta obra ha sido grande el auxilio que nos ha dado nuestro querido hermano, el Dr. Arístides Rojas. Ha sido él quien, procurándose las obras ya olvidadas del uno, las de aquél otro que abandonó hace años la patria, las de éste que no llegó a publicar sino una parte de sus importantes trabajos, las del otro que se valió para sus publicaciones literarias de periódicos de rareza extraordinaria en nuestros días, nos ha proporcionado grandes y variadas colecciones, de las cuales hemos tomado los pocos escritos que de cada autor hemos insertado.⁹⁰

Las distintas generaciones de venezolanos han valorado sus aportes en

89. José E. Machado, *op. cit.*, p. XVII.

90. José María Rojas, *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*, Caracas, Concejo Municipal del Distrito Federal, 1975, p. XVIII.

el transcurrir del tiempo. Sus trabajos sobre historia, folklore, tradiciones y crónicas, son los que más han sobresalido en las reimpressiones y en las organizaciones temáticas de sus antologías. Mucho más remotas se quedaron sus incursiones en la investigación de las ciencias naturales y de las ciencias médicas.

Su trayectoria intelectual podría dividirse en tres grandes facetas, la primera que se sitúa en la curiosidad intelectual y científica de su formación juvenil, la segunda vinculada a su profesión de médico y una tercera, mucho más amplia en el tiempo y en la producción de conocimientos, que se vincula más a las ciencias sociales, muy específicamente, a aquello que consolidaría la información fundamental para organizar la historia venezolana. Fue éste su más sostenido anhelo llevado a la práctica y consolidado con su rica, abundante e inagotable bibliografía.

La amplitud de temas que se concentran en sus artículos, ensayos y monografías sobresale en su tiempo, en parte, porque no tenía antecedentes. Por ello, también sus estudios superan los enfoques y limitantes de otros, aportados por destacados estudiosos y científicos de su época. Rojas se acerca desde una metódica observación sobre algún fenómeno aparentemente simple, hasta una elaborada síntesis que condensa problemáticas más complejas del mundo científico de su momento. Sin duda alguna, Arístides Rojas, en palabras de Mariano Picón-Salas, fue el más feliz animador de documentos y libros viejos que conoció nuestro siglo XIX⁹¹.

Su agudeza, intuición y esfuerzo de síntesis explicativa, en su momento, sirvieron como un espejo en el cual se vieron reflejados no sólo sus contemporáneos sino los herederos de esa tradición. A todas luces los aportes de Rojas deberán ocupar siempre un sitio destacado como pionero de la historia moderna venezolana. La historia de Venezuela, se precia con sus aportes. Su obra será fundamental para alcanzar una meta que aún sigue pendiente, esa que se corresponde con la ardua tarea de escribir con prolijidad y riqueza la historia de la cultura venezolana.

Gregory Zambrano

Mérida, septiembre de 2006

91. Mariano Picón Salas, *Formación y proceso de la literatura venezolana*, p. 56.

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

Para la presente edición de *Orígenes venezolanos (historia, tradiciones, crónicas y leyendas)* de Arístides Rojas se han utilizado las principales ediciones antológicas de la obra del autor, desde las primeras agrupaciones organizadas y cuidadas por el mismo Rojas hasta las que, con títulos diversos, han compilado temáticamente muchos de sus estudios y monografías. Para esta selección se ha modernizado la ortografía de los trabajos. Las fuentes utilizadas son las siguientes: *Estudios históricos*, Caracas: Impr. y Lit. del Gobierno Nacional, 1891. *Leyendas históricas de Venezuela*, Caracas: Impr. de la Patria, 1890-1891, 2 v. *Obras escogidas*, París: Garnier Hermanos, 1907. *Capítulos de la historia colonial de Venezuela*, Madrid: América, 1919. *Siete estudios de Arístides Rojas*, Caracas: Lit. del Comercio, 1924. *Crónica de Caracas*, Caracas: Ministerio de Educación, 1946. *Contribución al folklore venezolano*, Caracas: Ediciones de la Fundación Shell, 1967. *Humboldtianas*, Caracas: Tip. Vargas, 1969. *Estudios históricos*, Caracas: Lit. y Tip. del Comercio, 1926 (Serie primera). *Estudios históricos*, Caracas: Lit. y Tip. del Comercio, 1927 (Serie segunda). *Lecturas históricas*, Caracas: Lit. y Tip. del Comercio, 1927 (Serie tercera).

La disparidad en el sistema referencial obedece a nuestro interés de respetar la integridad de los documentos presentados en esta edición. Sólo en algunos casos se ha intervenido para completar algunos datos bibliográficos.

B.A.